

EL COJO ILUSTRADO

Año XI

15 DE SEPTIEMBRE DE 1902

Nº 258

PRECIO

SCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICIÓN QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL AMOR DESARMADO. — Cuadro de J. Sculbert

IN MEMORIAM. . .

Para EL COJO ILUSTRADO.

Tenía la tristeza del cielo en el otoño,
La tristeza de un rayo de luna sobre el mar,
Lo raro y misterioso que al corazón seduce,
Y de un lejano ensueño la dulce vaguedad.

Su palidez hablaba de anhelos imposibles,
Estrellas apagadas en un borrado azul,
De anhelos imposibles en días de esperanza,
Cuando se abría al cielo, cual flor, su juventud.

Copo de nieve, copo que cruza las tinieblas,
Intacto, así la vida cruzó su corazón.
Selló un misterio siempre su alma. Y sólo un beso,
El beso del Ensueño, su labio conoció.

De sueños de pureza formó su virgen alma,
Enamorada eterna de un místico ideal;
De sueños de pureza..... cual ramo de albas flores,
Cual ramo que debía morir en un altar.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

CLARO DE LUNA

(Beethoven)

En alta noche la canción serena
trae en su giro vagabundo el viento,
como ráfaga triste de un lamento
que allá en el fondo del pasado suena.

Oh, ¡cuál traduce la profunda pena,
la amarga soledad del pensamiento,
la breve dicha, el hondo sufrimiento,
con frase vaga de misterios llena!

Sobre las teclas pálidas del piano,
desgranando su nota cristalina,
parece una libélula tu mano.

Y tu frente de anémona se inclina
al evocar del ruiseñor germano
la sollozante vibración divina.

LEOPOLDO DIAZ.

VIEJA CANCION

Oh la vieja canción, nunca olvidada!
La canción vieja de doliente nota
que sollozar parece una harpa ignota
por vagabundo céfiro agitada.

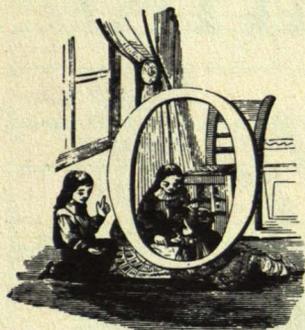
La canción del espíritu soñada,
que envuelta en nimbo de tristeza flota,
cual el nenúfar lánguido, que brota
en silente ribera abandonada.

Destacaba la luna mortecina
su perfil de princesa byzantina
de antiguo marco en la brumosa tela:

y el viento arrebatava un triste canto,
como la vida que fecunda el llanto,
como un hondo suspiro de Stradella!

LEOPOLDO DIAZ.

RASGOS DE VIDA



H, mi alma! Pobre cita viajera venida de quién sabe qué país, abrumada por yo no sé qué nostalgias. Animate, regocíjate! Mira el sol que desciende, que ya no incendia, que nos brinda la gloria de la tarde como un manto de oro sobre la esmeralda de los montes. Mira tu ciudad, como tú triste, que recibe ahora alegría espiritual con el beso de las brisas y la sonrisa del sol. Mira los valles del sur; mira la sierra del norte. Vamos, alma mía!

En las tardes, cuando el sol no incendia ya, mi amigo y yo ponemos nuestros pasos rumbo a las afueras. Mi amigo es un poeta. Artista que siente la vida intensamente y lleva por adentro el anhelo de las cosas bellas. Y observamos, y hablamos, y nos metemos en el alma del pueblo, alma amorfa, llena de miserias, intoxicada con el veneno de muchas razas. Pensamos en nuestro país, en esa cosa santa y sagrada que se llama patria. ¿Y qué es la patria, decimos, sino el supremo egoísmo de todos los que vienen a la vida en suelo propio? Queremos nuestra parte de trabajo, de satisfacción, de regocijo, de amor, de gloria. Ponemos nuestros esfuerzos al servicio de la patria, ó sea la comunión de ciudadanos, a fin de que esos esfuerzos se conviertan en bienestar y en honra. La unidad de la patria está en los propósitos nobles de sus hijos, en el respeto a las tendencias equilibradas, en el principio de justicia y en el tipo de raza dominante que ha de ser único, tradicional, responsable, si no se quiere que en el odio de las sangres se extingan las energías y el edificio venga abajo. Honradez, carácter, energía, sabiduría, inteligencia, atributos son de la clase directora de un país. El pueblo es el crisol donde se están aquilatando los seres superiores que por sus virtudes se hagan dignos de la dirección. Y los directores son los estadistas, los filósofos, los literatos, los poetas, los artistas, los sacerdotes. Cada cual en su tribuna y todos en el ejercicio del Bien.

¿Qué hemos hecho nosotros,—preguntamos—¿Tenemos una patria? Si la patria es el oasis que restaura las fuerzas de los que vamos por el desierto de la vida, todavía no la tenemos. Si la patria es refugio de los que «han hambre y sed de justicia,» todavía no la tenemos. Si la patria es recuerdo vivo de los hechos pasados, de los artistas gloriosos, de los hombres que la sacaron de las tinieblas con la luz de su genio, todavía no la tenemos. No la tenemos porque la patria la forman los dos y tantos millones del territorio, y esos pobladores se matan sin piedad, se destruyen como caníbales, en tanto que el Extranjero se re como un Sático en acecho.

Ay, amigo! Apartemos del cuadro la mirada y contemplemos las rosas del jardín, esas rosas humanas que alegran la soledad de las calles y perfuman los corazones con aroma de Belleza. Ellas también están tristes. Ellas también ahogan el grito de anhelo, y sus miradas divagadoras parece que murmuran: «¿en dónde está el amado?» Amor anda viajando, por que este Niño que sonríe cuando la lanza un dardo tiene horror al fratricidio.

Por la calle silenciosa avanzamos nuestros pasos lentamente, pensando. Por la acera paralela viene un grupo en dirección contraria. Uno nos saluda con un indiferente «adios.» ¿Quiénes son esos? preguntan los del grupo al que dirige el saludo. «De los que escriben; poetas, me parece», contesta en tono despectivo, con acento de suficiencia asnal. Si: poetas son para estos gastrónomos del pienso con garras de tigre, todos aquellos que engarzan la idea en la corona del arte; todos aquellos que llevan por adentro una luz; todos aquellos que edifican a la belleza templos y arrojan de ellos a los mercaderes de la vulgaridad, a los feos de entendimiento, a los ciegos de espíritu. Pero esa palabra, «poeta,» significa para ellos cursilería, debilidad, insuficiencia. La poesía de ellos está en la res descuartizada, en el grito soez, en la disputa canallesca, en el fermento alcohólico, en la eficacia del revólver, el puñal ó el palo.

Yo no sé cómo es que de día en día aumenta en nuestro país la fila de los pensadores. Aumenta. Y vuelven a la diaria brega. Y van a repicar las campanas de esa nueva Gomorra que llamamos aquí política. Y van a la guerra a presenciar, a contribuir a esos grandes crímenes que se llaman batallas. O entran en la barca Fenicia y van a Cartago. Porque el pensamiento es fruta amarga para el paladar de la gran mayoría, y el arte nube de verano que pasa y no envía sus aguas lustrales sobre la aridez del desierto. ¿Cuándo vendrá la inundación?

Escucho por ahí una voz que dice: «esos son los decadentes.» ¿Qué sabes tú, bribón, lo que eso significa? Oíste la palabreja repetida de boca en boca, primero por los pontífices del lugar común, luego por los ignorantes, y la repites tú y te consideras muy lucido. «Decadentes!» Han pretendido con esto llevar el desprestigio a la falange moderna por medio de la fisga. Pero no saben los que tal hacen que las revoluciones de ideas no piden permiso para ocupar el trono. Lo toman por asalto y se imponen en el reinado intelectual. Además, el talento no está subordinado a ninguna escuela, a ningún método. El talento se le impone a los métodos y las escuelas. El talento rompe la intrincada maraña de lo desconocido, y crea. Yo creo que Dios es el supremo talento, un genio que decimos. Los Artistas, dioses coronados, llevan un jardín en el alma y un Horeb en el cerebro. Perfuman con todos los aromas; incendian sin consumir. La naturaleza les ofrece en el pezón la vida; en el beso la belleza; en la unción de la caricia la sensibilidad, manejo de cuerdas muy sutiles de donde brotan los so-

nidos, los colores, arrebuajados en luz divina, como una virgen vestida de tenues hilos de sol.

Esos son mis Santos, señor! Esos son los Santos que yo adoro: los Artistas en todas sus manifestaciones: los amados de la Naturaleza, los elegidos por ella para clavar en el centro del universo la antorcha que alumbró su triunfo. Yo los adoro. No rodilla en tierra, la cabeza baja: alta la frente, la sonrisa en los labios y los brazos abiertos en actitud de recibir el baño luminoso.

Salimos de la ciudad. Dejamos la ciudad abajo, y ascendemos a una altura de la sierra del norte. Allí detenemos nuestros pasos, y miramos. Miramos la montaña gigante que como un bello monstruo está sobre nuestras cabezas soplando con el abanico de la selva. Miramos alrededor las colinas que circundan la ciudad como un anillo. Miramos abajo y surge el poblado como un halito humano: el oro arcaico de los tejados, las inmóviles cabezas de los edificios públicos, las manchas verdioscuras de las quintas, la serpiente sutí! del río del sur, escoltado a trechos por la tristeza de los sauces, la alegría de las espigas, la figura escultural de los chaguaramos, semejantes a muslos invertidos de mujer.

La tarde se nos va. El sol parece traspasar el último peldaño de la curva y decirle a la sombra: «ahora tú.» Pero antes quiere deslumbrarnos con todos los matices, y un incendio de colores lamea en occidente como la realidad de un sueño fantástico. Y se presenta a mi vista el lienzo de «Pentesilea.» Si: aquel sol fue el sol que alumbró el espectáculo sangriento de las Amazonas del gran pintor; y aquellas colinas con sus abras, sus riscos, sus precipicios, parecen el teatro del combate titánico. Y una tristeza, una noble tristeza de artista, se prende en nuestras almas como una caricia. El día nos dice adiós; y la luna en cuarto que momentos antes estaba inerte y sin luz, parecía ahora una diadema prendida en la cabellera de la noche.

Descendemos. Vamos a la ciudad a aturdirnos en el bullicio humano; a respirar el hálito de las pasiones; pero también a buscar un poco de amor, un poco de ternura, como un halago, como un sedante, que calmar ha el anhelo de nuestros sedientos corazones. Descendemos. Vamos a la ciudad. Pero antes está aquí una ciudad abandonada y triste, a orillas de un barranco, en medio de cipreses que parecen almas melancólicas, guardianes de la soledad, amantes que susurran caricias a media voz y dicen los secretos de la tumba. Allí está una generación. Abajo, en el tumulto, en la alegría del vivir, en el azar de la vida, en la lucha egoísta, están los hijos. Aquí, en la quietud del silencio, en la apacible serenidad de la muerte, en este campo desolado, duermen los padres, duermen, duermen! ¿Quién se acuerda de los muertos? Pero en cambio, ¿quiénes serán más dichosos? La campana de la iglesia cercana rompe el silencio, y el Angelus resuena en la soledad, como un himno de melancolía, como lágrimas de la eternidad, como música de ultratumba.

Llegamos. Los rieles del tranvía, en la calle larga, son dos hilos brillantes, dos vías luminosas, heridos por la luz inten-



LA HORDA. — Cuadro de Guillaumet

sa y clara de los focos eléctricos. El ruido arrancado á las piedras de las calles por los últimos coches del paseo se va extinguiendo. Los chiquillos forman su algarabía en las esquinas, y los viandantes apresuran el paso en todas direcciones en pos del sabroso reclamo de la mesa. ¿Cuándo llegará el día?

*

No seas perezosa, Tierra! Apresura tu marcha que quiero bañarme en los colores de la aurora. Ah, ya despiertas! El lecho que me brindó generoso su blandura ya me hostiga. Voy á buscar mi parte de alegría, á recibir el obsequio de la mañana. Quiero ver los árboles con sus frutas maduras. Quiero oír los pájaros cantando su himno. Quiero ver los rosales con la bendición de sus rosas, donde la noche puso la sonrisa del rocío. Quiero ver las muchachas alegres, atareadas en el riego de los jardines lejanos. Y quiero verte á tí, Jardinera del color de las rosas que alimentas, lánguida como los lirios que han sed, fina y tersa como las anémonas que cuidas. Quiero verte porque yo evoco en tí el anhelo humano; el recuerdo de un paraíso desvanecido cuando estaba ya al alcance; la lejanía de un ensueño; la racha de un infortunio; Hélade muy lejos, muy lejos, y la ciudad de Rómulo aquí cerca con su negro manto extendido sobre las conciencias. Te amó el doncel. Te dijo de las cosas nuevas de la vida. Susurró en tu oído las voces sagradas del rito, y te

señaló á Amor sin cadenas, como una primavera, como un pájaro cantor de la selva, como una lluvia de rosas que caía incesantemente señalando rumbo á las doradas, á las frescas, á las rientes playas de Citeres. Y un día partiste en compañía del Elegido. Ibas á la Isla maravillosa; á la Isla del anhelo; á la Isla del secreto, que en medio de los mares de la hipocresía se levanta como una sonrisa de la naturaleza, como el gonfalon victorioso *dell'Amore*. Pero no llegaste á la Isla prometida. Supo el viaje el terrible guardián, el esclavo social, y te retuvo. Aquí estás en medio del desierto. Y tu voz es lánguida, triste, quejumbrosa como el canto de la «Soisola.» Tu voz es un suspiro y tu mirada un deseo, un reproche, una interrogación que parece decir: «¿Por qué no me salvaste, diosuzelo burlador?» Flechador ingrato, ¿por qué me abandonaste? Y sufro en tu dolor, y me duele tu pena, Jardinera triste, alegría de tus flores, que te pagan en sonrisas y aromas.

*

Quiero ir también á la capilla oscura, al rincón estrecho donde han puesto el lienzo de Cristóbal Rojas. Al triste rincón del templo donde han colocado un rranque de su genio. Quiero que se alumbre mi espíritu en las llamas del Purgatorio del Artista! Y allí voy, y contemplo aquellas figuras torturadas, símbolo del Dolor humano. Aquellas figuras iluminadas sólo por la luz del fuego

que como lengua sutil lame sin piedad las carnes y pone el grito en los labios. Pero allí está el ángel del consuelo, la estrella de la esperanza que un día cambiará la tortura en vida deliciosa, en amor eterno. Rojas es el pintor del Dolor. El crea la luz de sus cuadros. Sus figuras resaltan aun en medio de la oscuridad, como si pusiera en sus almas una antorcha y sus cuerpos fueran transparentes. La fuerza creadora de Rojas era maravillosa. El habría pintado el caos, y el caos se iluminara con el sol de su alma. A media noche, en medio de la tempestad, huidas la luna y las estrellas, reinando la sombra, la sombra, el odio avanza contra el odio, y los combatientes se acuchillan sin verse los rostros. Rojas habría sorprendido la claridad de un relámpago para trasladarnos al lienzo el cuadro de sangre en todo su horror, con todos sus detalles. Michelena es el pintor del triunfo de la vida, el amigo de la luz, de toda la luz que la naturaleza nos regala. El no la desprecia: la toma toda, la guarda en su espíritu y la distribuye poderosa, triunfante, hasta en las últimas lejanías de los horizontes y los estrechos espacios de los intersticios. «Pentesilea,» con ser un combate titánico donde la sangre chorrea como una fuente de escarlata, donde los cuerpos se precipitan por los abismos rocallosos, donde la lanza y el hacha ejercen su labor de muerte, «Pentesilea,» con todo, es una sonrisa de la Vida, y deja en el alma una sensación de alegría, de consuelo,



de entusiasmo artístico. El horror huye, y la muerte se embellece á los resplandores de aquel sol que dora las cabelleras y pone brillo de rubí en la sangre derramada.

Rojas y Michelena son nuestros dioses pictóricos. Son nuestros dioses, pero no les hemos rendido culto todavía. Allí están, en medio de la apacibilidad de la muerte, después de habernos dado tanta vida. Apenas unos pocos, los que hemos sido tocados por la vara mágica del arte, nos conformamos con recordarlos, con admirarlos, con gritar de cuando en cuando ante la estulticia nacional, nuestra indiferencia, nuestro abandono, nuestro desamor por las cosas que son honra y fama de la patria. Y así por todos. No

hay cariño, no hay consecuencia por aquellos que en todas las naciones constituyen la luz, la gloria, el respeto de los extraños. Pérez Bonalde.... psh.

Oh, mi patria! Yo quiero verte grande, sabia, respetable. Yo quiero que de las llamas del purgatorio donde te quemas desde que viniste á la vida, salgas purificada, llena de consuelo, llena de esperanza, llena de fortaleza. La estrella del porvenir alumbra en tu cielo. Sé fuerte, patria mia, sé gloriosa para que yo también lo sea, para que todos también lo sean!

F. SALCEDO OCHOA.

RA ya de noche y El estaba solo.

Vió á los lejos los muros de una ciudad circular, y marchó hacia la ciudad.

Como se aproximase á la ciudad oyó rumor de fiesta, risas de alegría y armoniosos sonos de laúd. Golpeó la puerta que abrió uno de los guardas.

Detúvose ante una casa de mármol, con bellos pilares de mármol en la fachada. Colgaban guirnaldas en los pilares, y adentro y afuera había antorchas de cedro. Entró en la casa.

Cuando hubo atravesado la sala de calcedonia y la sala de jaspe, llegó á la sala de festines. Extendido sobre un lecho de púrpura, vió á un joven coronado de rosas rojas y cuyos labios estaban rojos de vino.

Y El tocándole en la espalda dijole: «¿Por qué vives de este modo?»

El joven se volvió y reconociéndole, respondió: «Era leproso antes y Tú me has curado. ¿Cómo podría vivir de otra manera?»

El salió de la casa, y de nuevo fuese por las calles.

A poco vió una mujer cuyo rostro y vestido estaban pintados y cuyos pies estaban calzados de perlas. Y detrás de élla venía lentamente como alguien que persigue, un joven que llevaba un traje de dos colores. Y el rostro de la mujer era tan bello como la faz de un ídolo y en los ojos del joven brillaba el deseo.

El los siguió rápidamente, tocó la mano del joven y le dijo: «¿Por qué miras de tal modo á esa mujer?»

El joven se volvió y reconociéndole entre risas, respondió: «Era ciego antes y reconociéndole entre risas, respondió: «Era ciego antes y

Tú me has devuelto la vista ¿de qué otra manera podría yo mirarla?»

La mujer se volvió y reconociéndole se sonrió y Le dijo: «Tú me has perdonado y la vía por donde ando es una vía encantadora.»

El salió fuera de la ciudad.

Y cuando hubo salido de la ciudad, vió sentado en la orilla del camino un joven que lloraba.

Y El se acercó al joven y tocándole los bucles de sus cabellos le dijo: «¿Por qué lloras?»

El joven alzó los ojos y reconociéndole, respondió: «Estuve muerto y Tú me hiciste levantar de entre los muertos. ¿Qué podría hacer yo sino llorar?»

OSCAR WILDE.



VESTAL DORMIDA. — Cuadro de J. Lefebvre

EL DIOS AMOR

Amor, tú no eres Dios: no, yo no creo en tu esencia divina; porque eres lo que se finge hipócrita el deseo en el altar del vicio y los placeres!

En vano quiso, con su gracia suma, de Grecia espiritual la fantasía, que tu madre surgiera, flor de espuma, onda, luz, seducción y poesía!

En vano confió á tí, niño y travieso atar de amor el caprichoso lazo, con el contacto pérfido del beso, con el mágico influjo del abrazo.

A su carro de conchas nacaradas en vano unció tu madre dos palomas; y templo tuvo y fiestas celebradas, y cántigas, y músicas y aromas;

que aunque se quiso idealizar la forma en un sér tan perfecto y tan bizarro, fue de lo bello material la norma y una ingeniosa vanidad del barro.

Rayos de claro sol son crenchas blondas, frente, mejilla y boca una delicia! combado el cuerpo en voluptuosas ondas convidando al placer y á la caricia:

fue rara perfección de nieve y fuego y del placer, lasciva florescencia: capricho nada más del arte griego que adulaba servil á la licencia!

Beldad suprema que el pincel arredra, contornos por los sueños concebidos, estatua que el cincel talló en la piedra para hablar al amor de los sentidos!

Mas, en el templo, en el altar y el ara se ocultaban los sátiros brutales,

y de holocaustos cínicos avara no tuvo sacerdotes ni vestales!

Y tú, vendado y niño, eres tan solo un capricho gentil que simboliza, el artificio, y la traición y el dolo y que por gracia el arte diviniza.

Pero, no es ya la humanidad tu esclava, porque ella muy bien sabe aunque lo niega que el oro es tu poderosa aljaba y que al presente, amor no es deidad ciega.

Sabe que aliado al interés calcula, la veste blanca y la conciencia negra, al vicio adora, á la opulencia adula y en la revuelta bacanal se alegra.

Y sabe que el amor, á quien el nombre robar supiste, eterno é infinito, ha abandonado el corazón del hombre y es sólo un sueño, una ilusión, un mito.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.

MI MADRE

I

En la brumosa noche de la vida
—Donde al frío del mal se biela el alma—
Yo tengo un ángel que mi nombre cuida,
Mi senda alumbraba y mis pesares calma.

Es un hechizo que mi afecto adora,
Formado, en los edenes del encanto,
Con apacibles rayos de la aurora
Y una perla purísima de llanto.

El hizo de mi hogar nido de amores
Donde el bien—como aroma—se levanta,
Y la virtud despide sus fulgores
Y el ave hermosa de la dicha canta.

El, radiante de gozo y de embeleso,
Mi cuna protegió con su presencia
Y colocó sobre mi frente el beso
Que me sirve de antorcha en la existencia.

El modeló mi corazón de niño;
Llevó á la noche de mi mente el alba,
Y con sus alas de nevado armiño
Del vórtice del mal mi vida salva.

Segunda Providencia, á quien bendigo,
No hay nombre humano que á su gloria cuadre;
Por éso ¡Madre! con placer le digo;
¡Madre del corazón! ¡Bendita Madre!

Allá irradia, en mi hogar, su amor sublime:
Mi recuerdo conmueve su terneza,
Y al ver mi estancia silenciosa, gime;
Me llama con dulzura, y por mí reza.....

II

Más ¡ay! me duele el corazón! No es cierto
Cuanto alegre soñó mi fantasía:
La dulce madre de mi amor ha muerto
Y está en el fondo de la tumba fría!

Ya no es el ángel de mi hogar; que, triste,
Y silencioso, y mudo y consternado,
A duras penas al dolor resiste,
Y está de fúnebre crespón velado.

Ya no brotan sus labios miel hiblea,
Mi arde en sus ojos el fanal del día,
Mi prodigiosas maravillas crea
El fuego del amor que la encendía.

Ora, al Angelus, pura—como aroma
Que de límpida flor levanta vuelo,
Como inocente y cándida paloma—
Su divina oración no eleva al cielo.

Ni al alba, á la hora del ambiente frío,
Los claustros cruza del hogar, ufana,
Cual vertiendo colores y rocío
Aparece en los cielos la mañana.

Ora todo, en silencio funerario,
Gime bajo las alas de honda pena;
Y está sola su estancia; y su santuario,
Donde hablaba con Dios, sencilla y buena.

Ya no tiene, vestidas de frescura,
Muchas rosas su Virgen de Judea;
Ni en el sagrado altar, con lumbre pura,
La antorcha de la fé relampaguea.

Cerrado está su libro: bajo un velo
Las labores oculta su almohadilla;
Y con lazo de obscuro terciopelo,
Símbolo de dolor, está su silla.

Ya sólo ostentan, el jardín, abrojos;
El bullicioso piano, triste calma;
Y cristalinas lágrimas, los ojos,
Y luto y pena y aflixión, el alma.

Veló la dicha su mirada hermosa:
La existencia vertió su amargo fruto,
Y ha quedado el hogar, como una fosa
Donde oficia el dolor, de eterno luto.

III

Fías no es la muerte la insensible nada:
La tumba no es el fin de la partida;

Sólo concluye allí nuestra jornada
Por el desierto de la humana vida.

Existe un cielo, donde el alma llena
El vacío que siente en este suelo;
Y mi querida madre, amante y buena,
Debe vivir feliz en ese cielo.....

Calmo, pues, mi dolor, y á Dios bendigo,
Que el bien me impone en la mansión del hombre,
—En tanto que á mi buena madre sigo—
Honrar su muerte y venerar su nombre.

Caracas: agosto de 1902.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.

ÁNGEL DE DICHA

A mi cuñado Roberto de J. Gandica, en el nacimiento
de su primer varón

Ries acaso? De gozo lloras?
Palpita alegre tu corazón?
Sientes cual nunca dulces tus horas,
Leves tus penas?
Ves más serenas
Las lontananzas de la ilusión?

Si, que en las brumas de tus anhelos,
En esa noche siempre invernal,
En esos tristes nublados cielos,
Brilló una estrella
Mucho más bella
Que las del cielo primaveral.

Mira qué hermoso, risueño niño
Te da los brazos lleno de amor:
Es el tesoro de tu cariño,
Es tu esperanza,
Es la bonanza
De las tormentas de tu dolor.

Vélo en la cuna: qué ojos tan bellos!
Parece un ángel del Verónés:
Cual hebras de oro son sus cabellos;
Su frente hermosa,
De nieve y rosa
Sus diminutos inquietos pies.

Ya te imaginas verle corriendo
Tras los insectos del florestal;
O haciendo bulla, formando estruendo
Sobre un cañuto,
Piafante bruto
Que le dió el seco cañaveral.

Ya te parece que salta y grita
Cogiendo flores en el jardín
Para tu cándida Josefita;
Y que en su frente
Donosamente
Posa un hesito de serafín.

O ya le miras sobre un asiento
Trocado en gárrulo Cicerón,
Cuyas figuras de pensamiento
Le premia ufana
Su dulce hermana
Con un abrazo de corazón....

Sueña, querido; sueña que es gozo
Dichas futuras imaginara:
Nace de sueños el alborozo,
Y aun esa calma
Que anhela el alma
Sólo en los sueños se ve pasar.

Y cuando herido por la fortuna
Ya por el mundo sientas desdén,
Vuéla á la cuna, vuéla á la cuna
Que allí gozoso,
Verás al ángel de tu reposo,
Tu ansiada dicha, tu dulce bien.

Caracas: 1902.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.

EN LA PRISION DEL TASSO

(«TASSO E TRE AMICI», CANTICA DI SILVIO PELLICO)

VERSIÓN CASTELLANA

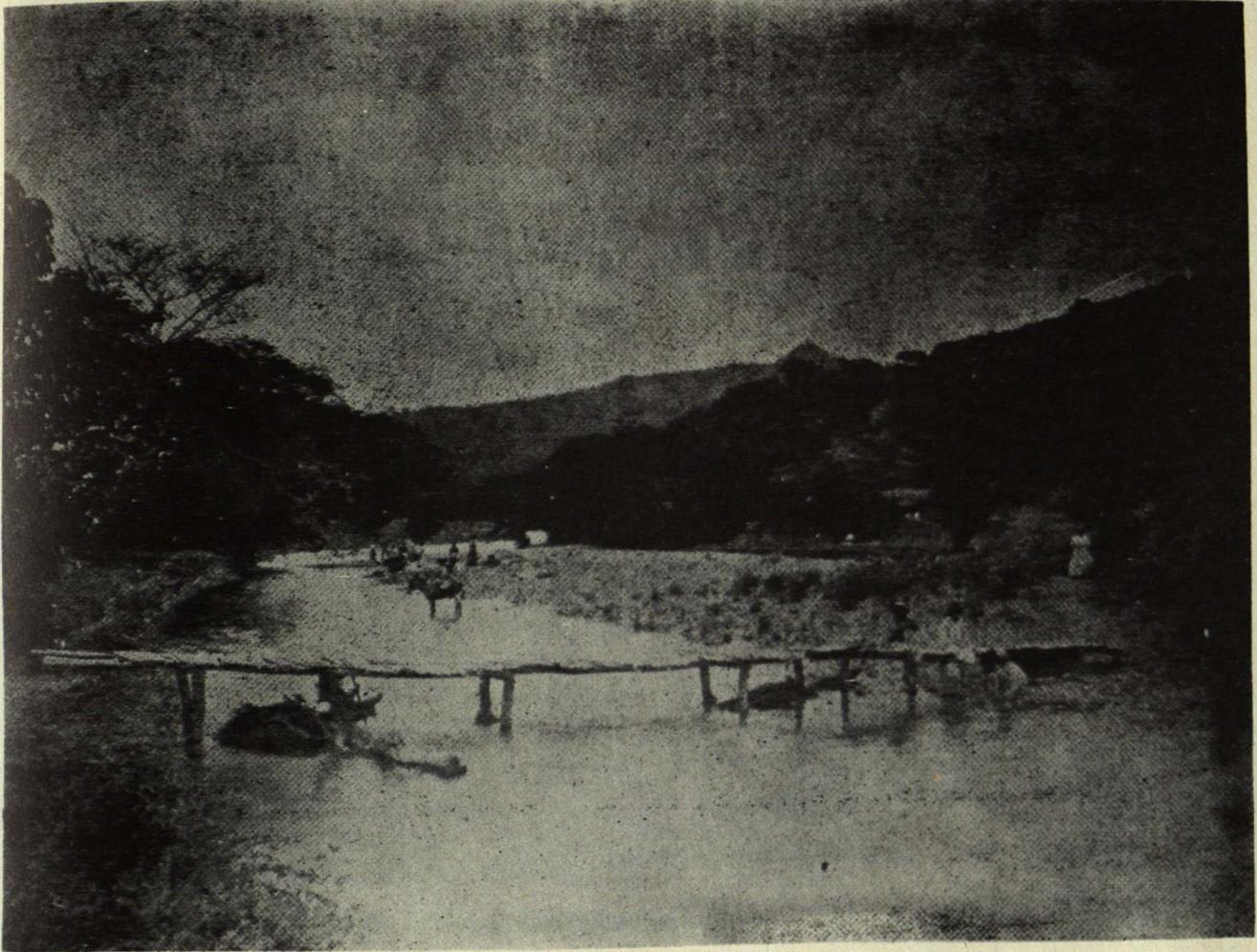
POR

OCTAVIO HERNANDEZ

PALABRAS DEL TRADUCTOR

De un puesto de libros viejos (y nuevos, que de todo suele haber en puestos tales) pasó, ya hace tres años, á mi poder el tomo de algunas cartas y poesías de Silvio Péllico, que publicó Giorgio Briano en Florencia el año de 1861, para la época en que Italia toda levantaba el nombre del autor de *Mis prisiones* á los más altos honores póstumos. La mayor parte de las cartas son dirigidas al compilar, notable literato y poeta, amigo y correligionario de Silvio, aunque mucho más joven que él; las poesías, ó inéditas ó poco conocidas en Italia misma: á las de este último orden pertenece la *cántica* en verso heroico libre que doy en igual metro castellano, y que, con el título de *Tasso e tre amici*, compuso Péllico, según advierte una nota editorial, con ocasión del cuarto centenario del nacimiento de Torcuato, pero, aunque impresa por entonces, no incluíla luego en las obras del autor.

La colección de que hablo es uno de esos libros, no comunes, que en pocas páginas (no llega éste á 150) encierran verdadero tesoro de bellezas literarias, y aun de más elevado orden, de inestimable valía. Libros que hacen pensar hondo y cuya lectura acometemos de seguida para recomenzarla una y otra vez. Sin tratar de las cartas, que son, como dice Briano, «casi todas íntimas y familiares expansiones del alma buena y pia de Silvio Péllico», y en las que por lo mismo se transparenta mejor que en otros escritos suyos quizás «aquél grande hombre, grande escritor, y, lo que más importa, perfecto cristiano»; sin mencionar poesías tan hermosas y sugestivas como *La alegría* y *Primera comunión*, y concretándome á la que presento aquí únicamente, digo que, leyéndola y tornando á leerla hasta repetir sin dificultad sus magníficos versos, esta composición producía ó despertaba en mi espíritu emociones y recuerdos que no suelen ser el efecto de las lecturas que á diario traemos entre manos en el medio social en que vivimos. Con ella me trasladaba yo al calabozo en que Torcuato purgó durante un septenio mortal el delito de su locura de poesía y de amor, y á las cárceles en que Silvio hubo de expiar á su vez, por más años aún, el crimen de sentir y de pensar por la Patria y por el catolicismo; y veía de este modo á los dos grandes poetas, unidos á través de los tiempos por el doble vínculo de la inspiración y de la desgracia, poniendo el *Preso de Moravia* en boca del *Cisne de Sorrento* conceptos sublimes que éste no desdeñaría por suyos y que no eran sino un reflejo del propio dolor de aquél. Veía en los tres amigos del Tasso á aquellos otros que, pareciendo querer aliviar las amarguras de Job, le visitaron tan sólo para exacerbar las úlceras del hombre del estercolero: amigos, quizá, en la intención, pero que, en presencia de



ALTAGRACIA: Río Orituco (Paso de la Quinta)—Fotografía de Avril

EN LA PRISION DEL TASSO

Tres que en el aula juvenil primera cursaron de Torcuato en compañía, á otras sendas que el vate dirigidos, tres cátedras con gloria regentaban, notados en valer por su prudencia, por su doctrina y pingüe patrimonio.

Ajenos de malicia, lamentando tanto derroche del ingenio amigo, cándidamente enviábanle á menudo piadosas reprensiones y consejos en cartas que el poeta respondía con rasgos de fraternas confidencias, joviales tal vez, tal vez de enojo.

Las sacras sienas del cantor ilustre agobiaron inmensas desventuras, y fue la más horrible aquel misterio de amor y frenesí, que sepultado por siete años crueles le mantuvo, injurias soportando y vilipendio.

De espanto y de dolor palidieron los tres sabios magnánimos, al punto que tan luctuosa nueva les llegara; la esperanza después para ellos brilla de redimirle, de traerle acaso á más digno vivir, más meritorio, y del cargo feliz por luengos días licencia al obtener, meditabundos cabalgaron.

encumbra, herencia santa que no me da de comer, yá lo sé, pero me proporciona secretos goces que ellos desconocen y que es lo que me conforta para seguir mi dura peregrinación hasta el final.

Con esta manera de pensar y de sentir, tomé la pluma y ensayé mi traducción. Leida á persona tan versada en la *dolce lingua* como distinguida en nuestra literatura patria, y entregado después el manuscrito, para más cuidadosa revisión con el original, á la misma persona, de ella recibí benévolos encomios en una y otra ocasión, que me impiden, por cierto, dar en estas líneas su nombre, no sea que, resultando inmerecidos, puedan menoscabar la justa fama que goza. Al darla ahora primero á las columnas de EL COJO ILUSTRADO y formar luégo con ella uno de mis folletos literarios, no tanto aspiro al aplauso de mis compatriotas, cuanto á estimular una vez más en los jóvenes la afición al estudio de las lenguas, que, aparte mil otras ventajas de todos reconocidas, permite á menudo saborear mejor frutos tan exquisitos y tan sanos como son los más de esa literatura que cuenta por centenares los autores príncipes dignos de ser aprendidos de memoria.

OCTAVIO HERNANDEZ.

Caracas, agosto de 1902.

nuestras calamidades y tribulaciones, no aciertan otro consuelo á ofrecernos sino el ejemplo de la prosperidad que Dios sabe á qué deben ellos mismos, y el enrostre de las culpas y yerros que á triste situación nos llevaron; filósofos de oportunidad que son lo más inoportunos, y que dijérase que entre sí se disputan á quién nos mortifica más con sus filosofías y sabios consejos. Veía á Ovidio, fustigado por el látigo paternal para que no hiciera versos, produciendo, en la promesa misma de no hacerlos más, aquel hexámetro que la posteridad repite admirada. Veía á la codiciosa hormiga—los ricos y potentados de la tierra—echándose á la espalda las llaves del granero, para negar su limosna de pan á la imprevisora cigarra,—los artistas mendigos y soñadores que pasaron cantando todo el verano *sin hacer provisiones allá para el invierno*. . . . Y pensaba que yo, si al escuchar cómo habla el Tasso en el poema de Péllico, no puedo quizás decir con el Correggio «*Anch'io son poeta!*», porque Naturaleza me negara el dón divino de la expresión, siento, sí, como todos aquellos sentían, y, como ellos también, cuándo jovial, cuándo desdeñoso, cuándo suplicante, pido á mis amigos que me dejen en paz y no se empeñen en quitar de mi este amor intenso y desinteresado de lo que resplandece y se



ALTAGRACIA: Márgenes del río Orituco. — Fotografía de Avrii

El vate prisionero
 pisar los ve la estancia aborrecida,
 y del mezquino lecho inútilmente
 pugnaba por alzarse; que, al influjo
 del hielo de la fiebre que lo invade,
 yacen los miembros sin vigor, y apenas
 arden cerebro, sienes y pupilas.
 Manda á los tres semblantes por saludo
 una sonrisa, sin decir palabra;
 agitado después por el exceso
 de tantos pensamientos angustiosos,
 cúbrese el rostro con entrambas manos
 y es aullido su voz cuando así gime:
 «¡Torcuato Tasso soy!»

Alto silencio
 siguióse, y entre sí los visitantes
 con terror se miraban, y volvían
 al mísero los ojos, que velados
 del llanto eran también. Cuando abundoso
 desahogo al dolor el preso diera,
 de la fiebre vencido posó inmóvil
 la noble cabellera en la almohada,
 y quedó contemplando á los venidos
 cual si dudara en decidir si es ello
 mentirosa visión que lo conturba
 ó los semblantes verdaderos mira
 de los tres condiscípulos.

Al cabo
 de tierno suspirar, se acerca uno,
 al cuello se le arroja, contra el seno
 largo espacio lo oprime, y así exclama
 con voz que los sollozos interrumpen:

«No venimos aquí, no, pobre amigo,
 de tu obcecado espíritu los yerros,
 la soberbia á impugnar; nos trajo sólo
 anhelo vivo de curar tus llagas,
 y á favor de la lumbre omnipotente
 de la verdad, el maldecido hechizo
 desvanecer, de la ambición de gloria
 que todos tus quebrantos origina.
 ¡No te agites, sosiégate! aun no es tarde
 si á quien guiarte puede te abandonas,
 por sendero mejor, á mejor suerte.»
 (Su estupor en el gesto revelando
 escuchaba el enfermo, y aquel sigue:)
 «Noticia tengo de que ya tus males
 en breve cesarán y tu castigo;
 su oficio ejerce la amistad, en tanto,
 si á paz y á enmienda radical te exhorta
 y del mañana al previsor apresto.»
 —«Enmienda? Y cuál? De qué? Explicaos!» dijo
 trémulo, inquieto, el afligido vate.
 «Te acordarás, Torcuato, de los días
 felices en que á ti como á nosotros
 palma sublime de escolar contienda
 el confortante elogio parecía
 que en ellos cosechábamos, mostrando
 tesoros de memoria y de intelecto.
 Mas era entre los dignos profesores
 el más prudente aquel que del Parnaso
 nos vedaba la senda, que reñía
 por tu desobediencia, y ser tan pobre
 de vates la fortuna aseguraba,
 tan usada de envidia y tormentosa,
 cuanto de esotros doctos no poetas

honrado, excelso, y sin turbión el campo.
 Los tres obedecimos, y rientes
 los eventos nos son, mísero amigo;
 en vez que á ti desviáronte el orgullo,
 de la Musa el deleite, y las promesas
 que oíste al Tentador, de que serías,
 junto á reyes cantando, rey tú mismo,
 de las turbas señor, voz del Eterno,
 que las glorias y afrentas distribuye.
 Nueva ocasión de verte nos allega;
 vé que es pueril la poetal corona
 si como los prudentes no sabemos
 hoy ceñirla un instante jugueteando,
 reír de ella después. Para ti sean,
 ya que te hallas en tiempo todavía,
 pues la vejez no te postró, sean estos
 del desengaño albores memorandos.
 Las rimas écha á arder, puébla de libros
 de más utilidad y de más loa
 la cárcel solitaria; altas doctrinas
 estúdia, y sál, por fin, de aquel diverso
 que enantes fueras, apto á la enseñanza
 de la verdad, en cátedras famosas
 como las nuestras, do jamás su fango
 nos aventó malignidad de vulgo.»

Con improviso aliento, que del propio
 ímpetu del sentir se originaba,
 de un salto incorporándose el enfermo,
 «¡Ni paz os demandé, oh amigos,—grita,
 ni esa que me ofrecéis es paz tampoco!
 No dio el Señor, de todos los mortales
 igual temple á las almas; una llevo



ALTAGRACIA DE ORITUCO. - Fotografía de Avril

de natural ignoto á vuestras mentes.
Es luz, la luz tranquila que os circunda,
que honro, mas no ambiciono, ni pudiera
sostener sin disgusto y sin zozobra.
Mi espíritu es aquel de los llamados
del canto y del amor á la armonía;
que siga los impulsos cada uno
del propio genio; el vuestro no maldigo;
de mi genio infeliz habed respeto,—
infeliz, nó culpable, nó insensato.»

Con susto viendo la demencia grave
de Torcuato evidente, quedó mudo
el que primero habló, compadecido....
Otro amigo se acerca, y así rompe
de aquel nuevo silencio los instantes:

«No incienso mucho en el altar ofrezco
yo de las Musas; y, con todo, en algo
apreciarlas me es fuerza, y aun despuntan
de aquel invicto amor también mis días,
y rimas yo también entonces suelto
con plauso de las itálas ciudades,
de mi renombre con vergüenza nunca.
¡Oh, si antes me siguieras, cuán dichoso!
Mas tarde no es aún. Pulsar la lira
alguna que otra vez, es permitido;
siempre pulsarla, ya no lo tolera,
no lo consiente nuestro siglo docto.
Tú la medida rebasaste, osando
tratar de la epopeya, cuyos frutos
más no serán de los que diera un tiempo;

y mira cómo escarnio recogiste
y miseria y furor; que exageradas
ambiciones el mundo no perdona;
si puede, las afrenta y las derriba.
¿El apolíneo lauro sin disputa
quieres ceñir como lo ciño? Alegres
tus versos sean, y frecuente loa
suenen á los de tus émulos en ellos;
y aplausos te darán los generosos,
y no se roerá mortal ninguno
pensando en tu desprecio, vengativo.»

Presumiérase aquí por nuevas iras
inspirada del vate la elocuencia;
mas alta risa en subitáneo acceso
sarcástica le sube, y puede sólo
de cuando en cuando pronunciar: «Oh amigos,
gracias os doy, . . . un beneficio es esto, . . .
bien me regocijáis. . . .»

Y confirmada
á los tres oradores su locura,
mezcla de miedo y lástima en los ojos
mostraban á la vez é incertidumbre
de si alejarse ó proseguir debían.
Cesa el reír frenético; se nublan
la mirada y la frente de Torcuato,
y un movimiento sin sonidos juega
en sus airados labios, con que indica
impaciencia y rubor de que así tanto
tenga que soportar.—«¿Habéis concluido?»
interrogando con el gesto, exclama,

si ya de su presencia á libertarlo
se disponen por fin.

Pero el tercero
es el más ingenioso, el más facundo,
y á fe que por frialdad ó por vileza
sentencias no ha de ahorrarle, en que se basa
la cura del amigo:

«Nuestros pechos
no verá exasperados un doliente
que por enfermedad ríe ó se aira,
y á hablar me impulsa mi conciencia, como
impulsaba á Temístocles, que ofensa
de contumelia y golpes soportando,
«Péga, gritaba, péga, pero escucha.»
Todas de mis ilustres compañeros
comparto las eximias opiniones,
y como ellos te quieren, yo la antigua
fraternidad consérvate inmutable,
que no de los filósofos en vano
bebí en las altas fuentes, y sé el precio
de un fiel amigo, y cuánto más sagrada
se vuelve la amistad hacia el que llora;
pues griegos y romanos maldijeron
la mezquindad del hombre cuando finge
que ignora de un hermano el infortunio
y benéfica diestra no le alarga.
En verdad, á los grandes que ofendiste
por ti desagavié, pedi tu amparo
rogando con tesón, y al fin obtuve
á Alfonso enternecer, por donde miro



ALTAGRACIA DE ORITUCO. — Fotografía de Avril

cual cierta yá tu libertad vecina.»
 —«¡Qué presagio, ay de mí! de años tras años de sepulcro me oprime!» el Tasso exclama; y harto el futuro en realidad leía. Mas arde en celo el sabio y le interrumpe: «Esas tus vanidades de poeta, esas son las que, el ánimo avezando á exagerados juicios, te enardecen, y crueles te pinta tu iracundia almas cuya piedad honrar debías conociéndolas tales; y el augurio de que hablas sin razón, altivo sueño con que te place engrandecerte, blanco de altas iras creyéndote tú mismo. Sé lo que digo al anunciar cercana tu libertad; mas á curar en tiempo heridas que aun te sangran, del destino, te repito, atendámos; que si nunca á la desenfrenada fantasía las alas recortaste, hacerlo es fuerza, á ti mismo y tus glorias rebajando. Cuna ilustre, mas pobre, fue tu cuna; para el alcázar regio no naciste, y si en audaz demencia lo has pisado, la planta debes retirar. Tu ingenio bájó no es, empresa temeraria sí, que tus facultades sobrepuja, tus poemas de homérica grandeza. Déjalos, pues, y reconquista fama de modestia y cordura; de los hados se aplacarán las iras, y los justos dirán de ti:—Si fue una prolongada

niñez, de su existir la primer fase, quimérica ilusión de poesía, los días del dolor le iluminaron y adulto alzóse, encanecer no quiso bajo el risible yugo de los versos, y útil fue al mundo y á la patria suya.— Mas no yo, no estos sabios, á tu orilla trajimos sólo del lejano asiento consejos que brindarte en luenga copia: bajo los techos nuestros acogido con hospitalidad, regenerado verás cómo á tu honor atenderemos, descansando tranquilos cuando te alces maestro de la ciencia positiva, igual que ante nosotros, á tu paso humildes inclinándose las turbas.»

—«¡Ah, que pudiese yo, clamó el poeta, bendeciros, pagaros! La piadosa voluntad puedo apenas bendeciros! Que vosotros, según vuestro intelecto los ánimos juzgando y los azares, dulcificar queréis la suerte mía; mas si mis condiscipulos un tiempo y aun benévulos hoy, no igual cadena de anhelos nos conduce y de principios; ni es esto yerro en mí, ni eslo en vosotros, y acaso en modo vario en nuestros pechos reina al par la virtud. Con reverencia yo los estudios que seguisteis miro, y por bellos estimo y provechosos para la humana grey, reglas y artes en toda variedad, si son honrados;

pero poeta soy, nací poeta, la vida de mi sér es poesía; pienso, hablo, me fatigo, amo, á la lumbre del *poético bello*. Y es que existe secreta fuerza ingénita que arrastra aquél á escudriñar antiguos folios, éste á desenterrar bronces, columnas, quién á escrutar la alteza del derecho, tál otro, con sus drogas, los que sufren á arrancar de las fauces de la muerte, cuál, en fin, á otro afán, y sólo torpes los hábitos del ocio y de la culpa. No escarnezcáis mi mente; yo irapelido por ella al canto soy, y no ese canto de fútiles y escasas melodías y del mutuo incensarse dulcemente: al canto de los hechos donde origen muestra divino la grandeza humana. Débil soy, mas no vil, á tanta obra; y si ha de ser que mi infeliz poema les desplazca á los más, no será nunca ningún ánimo recto, ningún pio, escarnio osado á echar sobre la losa de quien se apasionó de los Cruzados, que de ellos quiso apasionar la tierra, y cuanto le fue dable, tanto puso en hacer eternas sus hazañas. Pudo el saber faltarme; que el deseo poético era y alto. El vasto tema pensaré mientras viva, y darle forma de mejor en mejor será mi empeño, sin que miseria ó sátira destruyan



ENCANTADORA DE PAJAROS, EN LAS TULLERIAS. — Cuadro de B. Lemeunier

mi ilusión y esperanza en las creaciones de la epopeya terrenal más grande, cual mucho há que surgieron en mi mente y brillan siempre más ante mis ojos. Si escrito está que cual ladrón ó fiera en esta fosa horrible no sucumba, y vuelva á ver sin execrado estorbo de férreas barras campo y firmamento; si he de volver por valles y por montes mis huellas sin ventura, saboreando del meditar el célico deleite; si á voluntad he de medir de nuevo, sin tutela de guardas á mi lado, las mil sendas de aquellos que respiran; ¡oh! grato al sacro dón será mi pecho y de Dios la mirada omnividente ni uno ha de hallar en mi interior oscuro un suspiro de venganza ó lampo de odio, ni una esperanza inicua. Mi silencio amargas cubrirá muchas memorias; no sólo por prudencia, porque aspiro á ser antes clemente que soberbio: lo puedo prometer. De mis rivales lejos, no visto viviré; sus nombres no sonará rabiosa el arpa mía; arpa excelsa tendré en mis soledades; cortejaré á los héroes, con mi canto

del mármol evocándolos vetusto; que esta arpa es de mis penas medicina, ambrosía que mi ánimo avigora y estímulo del bién; nací poeta, la vida de mi sér es poesía; pienso, hablo, me fatigo, amo, á la lumbre del *poético bello!*»

Los sublimes filósofos bajaron tristemente las sienas venerandas, signo alterno dándose de callar, por miedo vivo á un frenesi mayor en el insano. Mas á tanta embriaguez insuficiente el desahogo del poeta ha sido, é inflámase, cual astros fulgurando bajo la excelsa frente las pupilas, y las palmas batiendo, en estas frases extrañas prorrumpió:

«Soy prisionero, mas no soy infeliz: aquellos yerran que de pobre me tratan; por tesoro la facultad yo tengo, indefinible, de amar, poetizar, y contra el seno, en los brazos del alma, estrechar todas las grandes cosas del amor más dignas. De los mortales el poder alcanza

á arrebatarme libertad y triunfos, ese tesoro nó; los miembros míos pueden encadenar, mas nó mi mente. Yo soy Torcuato, si; soy aquel mismo que antes que aquí viniera, horrendas cruces llevé, mas con vigor, mas consolado por recóndito espíritu divino. No sabe el mundo mis secretos goces esta mi lira mística pulsando, que él escarnece; ignora aquellas puras largas horas de dicha y de inocencia de mi fantasear, del cantar mío; y aunque cantase yo sin lauro alguno, sin consuelo y en medio á las sonrisas de la envidia y puñal de la calumnia. Mucho he sufrido, mas gozado he mucho, y es bella mi fortuna, y de la mano de Dios la recibí con bendiciones, y otro bién no apetezco sino el arpa que Dios me ha dado y la inocencia mía.»

Tan inauditas cosas escuchando, colmo de la demencia, apoderosa de los tres sabios el terror; saludan con breve abrazo al incurable amigo, y todos se apresuran á dejarle solo con su mortal melancolia.

ENTRE DOS TOROS



ABLÁBAMOS de América, en una tertulia de amigos, en pleno boulevard, en la acera del Café de los Principes, cuando nuestro ami-

go Godefroi de Grosbois, contó el siguiente episodio:

«Las dos de la tarde serian cuando salimos de la venta, en la cual almorzamos, siguiendo viaje.

El cielo estaba despejado y el sol, ese terrible sol de los trópicos, consiguientemente, como una ascua. La tierra parecía arder.

El camino que seguíamos era un simple sendero de un palmo de anchura, velado por la espigada yerba que cubría el suelo hasta el limite del horizonte en aquella sabana semejante á un mar de monte. A grandes distancias unos de otros, divisábanse árboles no muy altos, pero sí de gruesos troncos y anchas copas, á cuya sombra descansaban las reses del hato, un hato de 320 kilómetros de superficie, cercado naturalmente por cuatro ríos.—¡Oh, esas tierras de la América del Sur!

Mi guía, mi baqueano, como se dice en Venezuela, en vez de estar siempre á mi lado, ó al menos adelante de mí, acostumbra seguirme soliendo retrasarse media milla, pues tenía muchos compañeros que saludar al paso, y no pocos relacionados, en los ranchos, con quienes cruzar un adiós, si no una conversación.

A veces, si mi peón pasaba callado por delante de alguna choza, salía un hombre á la puerta de ésta y le gritaba á sus espaldas:

—Ah, Manuel,.... Oh! ¿A dónde la llevas?

—Voy de *baquiano* de ese *jurungo* que va *alante*.... oh!

—Ajá! Que te vaya bien.... oh!

En Venezuela suelen llamarnos *jurungos* á los extranjeros de tránsito, sin perjuicio de tratarnos de *musiúes*, como á los residentes. Un comerciante de Valencia, algo literato, (en ese país casi todo el mundo es literato) me explicó que *jurungo* es un sustantivo derivado del verbo *hurgar*, y que se inventó para designar á los cobradores, extranjeros ó no, que van al interior á hostigar á los deudores por el pago de sus cuentas.

Musiú es, simplemente, una corrupción de *Monsieur* y lo mismo la aplican los venezolanos á un francés que á un persa.

*

El camino pasaba cerca de un árbol, y no pude resistir al deseo de disfrutar de la frescura de su sombra, siquiera por un breve rato.

Espanté á gritos á algunas vacas que se estaban allí y me detuve en aquel pequeño oasis sin agua, proponiéndome esperar á Manuel, retrasado entonces lo menos un kilómetro.

A cincuenta pasos de mi árbol protector había otro, de cuya penumbra vi levantarse y partir rápidamente hacia mí un enorme toro, color de avellana....

Por instinto, me tiré en el acto del caballo al suelo y me escondí detrás del tronco del árbol. En efecto, procedí acertadamente porque el feroz animal, con una furia que nada justificaba, en menos tiempo que lo cuento, embistió á la pobre cabalgadura, derribándola mortalmente herida.... Entonces vino sobre mí, que miraba temblando su criminal atentado. El tronco me defendía muy bien de su ataque, pero yo, que he visto lidiar en Madrid, no conservaba el valor necesario para ir dando vueltas, con la exactitud precisa, alrededor de mi burladero, á medida que el toro me buscaba con sus ojos inyectados por la rabia, y con sus cuernos tintos en la sangre del caballo. Traté de subirme al árbol, mas el diámetro de su base era inabarcable por mis trémulos brazos, y sus primeras ramas se distribuían muy por encima de mi cabeza, sin que yo pudiese alcanzarlas de un salto.

Mi situación empezaba á ser crítica.

Por desgracia, había puesto mi revólver en la pistolera de la silla y no me quedaba el recurso de defenderme á tiros de aquella bestia implacable, que, á cada movimiento hecho por el caballo para levantarse, acudía á este y lo corneaba, mugiendo, sin olvidarse de mí, á quien vigilaba, volteando con rapidez su bella y poderosa cabeza.

De tal angustia vino á sacarme, muy á tiempo, la llegada de Manuel, quien, advirtiéndome el pernice, puso su caballo á galope y se acercó gritando:

—Ah, toro.... oh! Ah, toro.... oh!

Apenas hubo la res oído el reto, corrió velozmente hacia mi peón. Manuel, al verse atendido, volvió grupa y se dió á huir *científicamente* delante del toro, provocándole siempre, con el fin de fatigarlo.

Iba lejos el grupo cuando me atreví á salir de mi trinchera y á acercarme al pobre caballo agonizante. Lo menos tenía diez profundas heridas en el vientre, los costados y los remos, fuera de rasguños y de contusiones causadas por las patas de su terrible agresor. Saqué mi revólver de la pistolera en que lo había dejado, lo guardé cuidadosamente en mi bolsillo; desenfrené y desensillé al caballo; luego le pedí perdón á aquel infeliz moribundo y le disparé un tiro en el cráneo, para poner término á sus atroces dolores.

Apenas concluí esta operación oí que el baqueano me gritaba de lejos, oculto por el gamelote.

—Ah, *musiú*.... oh! Ahí va otro toro.... oh! Súbase al jobo.... oh!

No entendí de lo que Manuel me decía sino *toro.... oh! toro.... oh!* y creí tener encima un verdadero rebaño de toros....

Vuelvo la cabeza, azorado, en todas direcciones y por fin veo, á diez metros de distancia, corriendo hacia mí, un toro negro que me pareció del tamaño de un elefante. Sin tiempo para nada, sin saber cómo, olvidado de mi revólver, que aún tenía en la mano, salté á la derecha (ó á la izquierda) con la rapidez de un gato y caí entre la yerba más muerto que vivo. El toro pasó por encima de mí dando un bufido y siguió á todo escape, zumbando como una flecha disparada del arco.

Momento después oí que Manuel gritaba:

—Ah, *musiú*.... oh!

Como no agregaba: «Ahí va otro toro.... oh!» me puse en pie y le llamé, riñéndole, entre enojado por su hábito de dejarme solo á vanguardia, y agradecido por la soberbia defensa de retaguardia que con tanta destreza acababa de realizar.

Estando en esta plática oímos cerca de nosotros algo que me pareció el paso de una locomotora. La yerba, muy alta, no me permitía ver cuál era la causa de semejante ruido y, despavorido, quise huir sin saber á donde.

—Estese quieto, *musiú*: ese es un *barajuste*.

—¿Un *bajaruste*....? ¿Un búfalo? ¿Un zebú? Dígame pronto, Manuel. ¿Es un bisonte?

Manuel se sonrió.

—Ba-ra-jus-te, dijo lentamente, es que una de las reses, reunidas en un sitio, se asusta de *cualquier cosa* y echa á correr de repente, y las otras,—espantadas como los soldados cuando en la pelea se grita: *sálvese el que pueda!*—se le *empatan atrás*.

Respiré con delicia.

Apeóse Manuel de su caballo, púsose en la cabeza la montura y el freno del mío y disponiéndose abnegadamente á trotar delante de mí, exclamó:

—Monte, *musiú*, y no apure mucho que solo nos falta una legua para llegar al pueblo.

No recuerdo cuántas, pero sí que muchas veces volví la cabeza hacia atrás, por largo espacio, asustado, á ver si nos perseguía alguna otra de aquellas fieras de las llanuras venezolanas que parecen aborrecer gratuitamente «á nosotros los franceses»....

GODOFREDO MALLORY.

MICROPOEMA

I

Una cuna rosada que la luna
Tras de un cristal con níveo rayo armíña,
Y en-el mullido fondo de la cuna
Un ángel..... una niña!

II

Unos ojos ardientes, unos ojos
En que el azul del cielo es más sereno;
Tersa piel, blancos dientes, labios rojos
Y un volcán de purísimos antojos
Bajo la curva trémula de un seno!

III

Una noche muy fría. Llueve.... llueve,
El trágico fantasma de la tisis
Pasa sobre la nieve!
Es la salida del teatro. Hueca
Resuena entre el tumulto
Ruidoso, una tos seca!

IV

Unos ojos abiertos, exaltados
Como los de una liebre,
Y algunos rizos luengos y dorados
Por el sudor pegados
A una sien escavada por la fiebre!

V

Pisadas silenciosas!
Relampaguear de cirios!
Olor de frescas rosas,
De azucenas y lirios.....!

JULIO FLOREZ



LA VACA HERIDA. — Cuadro de G. H. Mosler

MAS ALTO

Be strong..... oh Heart!

Procter.

Sé fuerte, oh Corazón, en la esperanza!
Ella á tu senda de dolor concede
Luces que el mundo á oscurecer no alcanza,
Flores que el hombre deshojar no puede.

Sé fuerte en el amor. El óleo santo
Que desde el alta cumbre de su gloria
En bautismo de luz el alma vierte,
No ha de caer sobre la vil escoria
Que llena los abismos de la muerte.

No prodigues al mundo tus amores,
No prostituyas el amor; sé fuerte!

La chusma imbécil que repite el canto
De redención y azota redentores;
La multitud que te desdeña, en tanto
Que envidiando tus almos resplandores
Niega la luz y desconoce el llanto;
Las almas que en la sombra se guarecen
Disputando su presa á los reptiles
Y en negra hornaza de pasiones viles
Bocado ruin para sus hambres cuecen;

Las manos que desfloran los pensiles
De la virtud; las lenguas que difaman;
Las frentes que en el crimen se oscurecen
Mientras el lauro del honor reclaman,
Son larvas que, por Dios, se compadecen
Y se perdonan, pero no se aman.

Sé fuerte en el dolor. La humana guerra
Puede asordar los cielos con su grito
Y estremecer con su furor la tierra,
Pero no remontarse al infinito
Que en tu ideal magnífico se encierra.

¿Y acaso no podría
El miasma infecto que del fango sube
Trocarse en negra, tempestuosa nube
Y hacer que en noche se convierta el día
Sin empañar tus alas de querube?.....

Deja que caiga el lodo sobre el lodo;
Y si un suspiro de piedad exhalas
Al ver que en sombras se sumerge todo,
Que todo en todo su ruindad revela,
No llores, Corazón: tiende tus alas,
Fija por norte el Ideal, y vuela!

P. FORTOULT HURTADO.

Barbada: 1902.

LA VIDA



¿Un día más bello de su vida! ¡Si! Indudablemente lo era aquél! ¿No había realizado el más dulce sueño de su corazón? ¿No veía cumplidas sus esperanzas? ¿Qué mas podía ya ambicionar?

Y allí, frente á él, estremecida como cándida paloma, el rostro encendido por un adorable rubor, los ojos adormecidos bajo la sombra tropical de sus negrísimas pestañas, la frente de nácar velada por los primeros rizos de su cabellera de ondina, ella, el sueño de toda su vida, el querido ideal de sus años de niño, su compañera ahora, estaba toda emocionada, balbuciente de amor, esperando que él quisiera tomarla en sus brazos para recibirle el primer beso de la esposa, el himen misterioso de sus almas enamoradas.

¡Cuán bella estaba así la querida niña dentro de su traje blanco, con su corona de azahares enhebrada entre la onda sombría de su hermosa cabellera! Cuán

adorable con aquel levisimo rubor, con aquella no confesada vergüenza, toda temerosa, el corazón latíendole dentro del pecho á pequeños saltitos, como un pajarrillo prisionero, ante el misterio sagrado de la alcoba nupcial! Y ella le pertenecía ahora, era toda suya, de él tan solo; y podía estrecharla entre sus brazos, y beber su aliento perfumado en el cáliz de su boca, y reclinar la adorable cabecita de Marta sobre su pecho. ¡Qué felices iban á ser! ¡Cuánto se querían! ¡Cómo cruzarían la senda de la vida, cojidos de la mano, latiendo al unisono sus enamorados corazones, riendo las mismas alegrías y compartiendo las penas, marchando, en fin, hacia el ocaso de la vida con la sonrisa en los labios y una mirada de amor inmortal en sus ojos de amantes dichosos!...

¿Y su viejecita madre? ¡Qué feliz sería también ella con Marta! ¡Cómo iban adorarse la niña y la mamá! ¡Era tan vieja y tan buena la pobre señora! Carlos la veía ahora en sus recuerdos, inclinada por el peso de los años en un sillón, las manos enflaquecidas, una corona de plata formada por sus cabellos, sobre las sienes. ¡Pobre viejecita! ¡Cómo le había cuidado á él, cómo le había llenado de cariños! En los pesados años del estudio, cuando las lentas y negras horas del invierno le vencían á él, á Carlos, haciéndole caer la rendida cabeza sobre el libro de estudio, frente á la luz del quinqué, ella, la querida mamita, era la que venía á cubrirle con una manta y á besarle en la frente para reanimarle en la lucha ó enviarle á descansar. Ahora se había cumplido el plazo. El iba á pagar tantos años de bondad y sacrificios. Con su gentil esposa cogería el vapor, y al día siguiente... ¡Zas! en Buenos Aires, á abrazar á la buena señora que, por una dolencia pasajera, no había podido acudir al casamiento de su hijo.

El pequeño reloj, sobre la consola, dió las doce de la noche, y su timbre cillo apresurado y juguetón despertó á Carlos de sus sueños. ¡Cómo! ¡tan tarde ya! Entonces, despacito, el pecho inundado de felicidad, se dirigió á la alcoba donde su esposa se había retirado hacia breves instantes.

—¿Se puede, mi vidita?

Una voz temblorosa, un levisimo quejido de ave sorprendida balbuceó apenas un «sí», y Carlos abrió la puerta.

¡Qué hermosa y qué pálida estaba la amante mujercita, perdida entre el inmenso derrumbe de la lencería del lecho! Cómo se dibujaban sus formas esculturales!

¡Entonces él la tomó entre sus brazos, y con locura, con verdadero frenesi, derramó sobre ella una lluvia de besos y caricias...!

Eran las diez de la mañana. La criada entregó á Carlos un telegrama, el pobre muchacho leyó:

«Carlos: Anoche á las doce, murió tu madre repentinamente.—Miguel».

¡A las doce! ¡Cuándo él sentía abrirse las puertas del Edén y su pecho desmayaba de placer, su viejecita madre, su madre adorada, moría allá lejos, triste y solitaria!

VÍCTOR PÉREZ PETIT.



LA CANCION DE VEINTE AÑOS

12 de mayo de 1902.

NOCHE..... Y en tanto que afuera se destacan los relieves del suburbio como en un fondo de plombajina gris y soplan los soplos boreales, en tanto que se atropellan arriba las legiones de nubes y caen los raudos chorros de la lluvia; en tanto que el arroyo se aleja cubreando y se revuelcan á lo lejos los oleajes del mar; adentro, en la penumbra del cuarto desmantelado, el bohemio se siente ungido por el óleo misterioso del Arte, se finge ser como una gigante lira de veinte cuerdas... Vibra como una lira; y, por la ventana que cruje, arroja á los espacios, virgen alada, la gran canción de veinte años!

Salve, suburbio y triste y solitario en donde vivo! De tu seno impuro arranca mi inspiración: mis versos son tus hijos. Del antro de tus miserias surge mi musa libre, como surge del fango la mariposa espléndida y errátil! Salve, abandonado campamento de tугurios en donde tengo el mio! En estas cornisas que los musgos roen, no anidan las golondrinas, pero picotean los pájaros azules... ¡Las golondrinas emigran cuando llega el invierno y los pájaros azules se tornan rojos! Salve, lecho eterno del eterno Job! La primavera no tiene para tí esplendores ni frescura, gorjeos ni perfumes: en cambio, el otoño te arrebató los últimos harapos y exhibe en plena desnudez tu carne, carne de prostíbulo y de cárcel, carne de clorosis y de tisis! Salve, horripilante «selva oscura» del hambre, de la sed y del frío! Floridos y hojosos, tus árboles son fantasmas; marchitos y desnudos, son esqueletos que levantan al cielo la crispada mano imprecatória! Salve, sombrío camposanto de la felicidad social! Reina en tí la más honda, la más siniestra de las calmas; y tus ranchos miserables son extraños sepulcros de enterrados vivos! Salve, suburbio triste y solitario! Salve á tí!

Salve, soplo del Norte que empujas, como á latigazos, los enormes nubarrones oscuros y los vas amontonando sobre el plafón del horizonte y haciendo caer en cascadas fecundas sobre el seno sediento de la tierra! Salve á tí, que arrastras entre el vaivén de tus giros libertarios las vegetaciones resacas,—limbos amarillos, cálices rotos, corolas ajadas,—y vas haciéndolas cuajar en las hediondas sábanas del pantano para que formen el humus generador de las nuevas primaveras! Salve á tí, viajero infatigable, de gran turbante oscuro y cortadora alfange!

Salve, hijo de los hielos y trovador de las rocas! Tú vienes del Norte. Tú ruges y suspiras, y en tus rugidos como en tus suspiros, me traes remembranzas de otro tiempo: las calideces del desierto donde abrí los ojos, los olores del mar donde jugó mi infancia, la blancura de las arenas que holló mi adolescencia! Tú vienes del Norte, y parece que me hablaras de barcos deshechos contra las peñas, de minas aterradas, de apires y barreteros sepultados bajo su carga de piedras, de tristes cateadores extraviados, de cadáveres calcinados por el salitre, de roncos gritos de buitres que hunden su pico y sus garras en la carne putrefacta... Salve á tí, bóreas helado y revuelto, hermano del austro que llega á veces rugiendo del Sur!

Salve, nube gigantesca que el viento

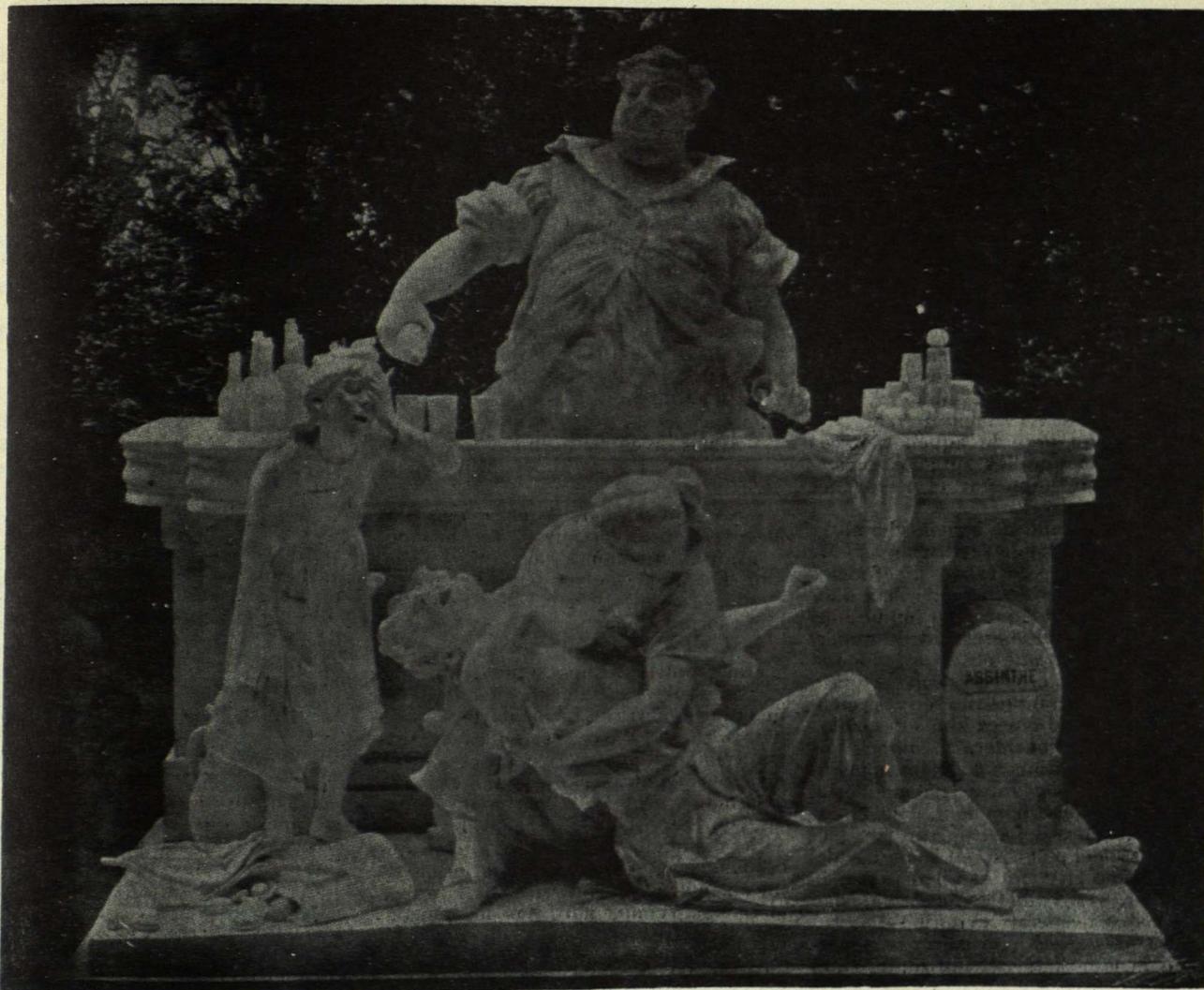
espolea en las alturas, y desgarras, y desfloca y arrebuja! En tu seno sombrío, al par del radio que incendia, del relámpago que ciega y del trueno que aturde, vibran los gérmenes sagrados de la eterna vida! ¡Qué me places cuando desplagas tu clámide y cubres con ella la impenetrable cara mística de Selene! Por que eres de vapor y de electricidad, y el vapor y la electricidad son los arrietes con que el genio de los siglos presentes derrumbó la bastilla de los viejos siglos, y las antorchas que alumbran los caminos á las conquistas de los siglos por venir! Salve á vosotras, nubes enormes que pobláis la atmósfera; hermanas de las nieblas sutiles del lago, de las inmensas brumas del océano y de las espesas camanchacas del desierto!

Salve, lluvia prolífica! Salve, agua bendecida, más fresca y pura que lo fuera la arrancada de la peña estéril por la vara del profeta! ¡Qué es verte cuando caes, rauda, sonora, implacable como una marea! ¡Qué es verte cuando ruedas por los viejos techos resecaos, y te cueles hasta los lechos donde se revuelca la miseria, hieres los bronquios de las guaguas y engrillas con el reumatismo los músculos de los que luchan por la vida! ¡Qué es verte cuando goteas estalactitas fugaces de los follajes marchitos á donde se acogen las arañas negras y deformes! Cada gota de esas, es quizás un traicionero puñal asesino; pero quizás es también un futuro retoño, una flor, un fruto, un árbol, un bosque entero cuajado de tesoros!

Salve, arroyo turbio y rumoroso que pasas entre breñas, arrastrándote, arrojándote, contando cosas imposibles, como si sintieras la vergüenza de llevar en el movimiento de tu linfa las podredumbres del suburbio!—Salve á tí, en cuyas aguas beben su vida los batracios, entre cuyas lamas operan ellos su extraña metamorfosis!—Salve á tí, en cuya margen cabecean los saucos entristecidos, y suelen sentarse las magdalenas ambulantes á esperar el reclamo de la bestia que pisoteará su cuerpo de culebra!—Salve á tí, que tienes no sé qué semejanza con una bandera á todo viento!

Salve, oh mar, que ruges á lo lejos! ¡Cómo gozo viéndote que te crispas, poeta salvaje, y cantas las epopeyas sublimes del desorden!—Salve, bestia final! ¡Con qué júbilo te miro cuando enarcas el lomo al recibir la caricia de los huracanes que te hablan de lejanas tormentas y de sordas vorágines!—Salve á tí, que sientes las ansias de la destrucción y el esterminio, y la nostalgia de los naufragios y las hecatombes!—Salve á tí, tenebrosa masa líquida!—Salve á tí, que todo lo igualas; que así arrojas la zarpa sobre el frágil leño del chango pescador como sobre el enorme trasatlántico, sobre los barcos cazadores de cetáceos como sobre los cazadores de gentes,—estos recios acorazados que llevan á donde quiera la expresión de los odios humanos! Salve á tí, oh mar! A tí que arrullastes mis primeros sueños! Cuando te veo encrespado como una inmensa cabellera de león, cuando te veo turbulento y enrojecido, te admiro mucho más porque pienso que en tu lecho insondable se están revolviendo el fango con la perla y el estiércol con la púrpura!

Y ¡salve á tí ¡oh noche negra y profunda! túnica inconmensurable, estendi-



UNA POTENCIA MODERNA. — Por E. Legnani

da sobre el mundo! Salve á ti, noche inmensa é impenetrable como todos los misterios! A ti, que sientes la belleza de tu propia tiniebla, y llevas en cada sombra un prodigio y en cada estrella una sonda que explora la soledad de lo infinito! A ti, que eres la muda confidente de los pobres y los desamparados, de los viajeros y de los bandidos! A ti, que contemplas la batalla formidable del genio que crea, del apóstol que guía, del profeta que augura, del poeta que canta; la batalla eterna de todos los videntes y de todos los iluminados! A ti, que protegiste el nacimiento de Cristo en medio de la corrupción de la sociedad antigua, y el nacimiento de la América en medio de la corrupción de la sociedad moderna, salve á ti!—Salve á ti, que eres la amparadora del sueño, que es la tregua; y la hermana de la muerte, que es el eterno sueño,—la tregua indefinida!

.....
Suburbio triste y solitario, poderosas ráfagas del Norte, nubes sombrías, aguaceros fecundos, arroyo turbulento, mar embravecido, noche negra y majestuosa, salve á todos vosotros! Vosotros sois mi musa! Por venir á vosotros, he abandonado la santa paz de la tierra; y en

canto de aquellos claros de luna; de aquellos follages verde-oscuros; de aquel río que pasaba entre verduras, limpio y claro; de los rumores de aquellos campos; del perfume de aquellas espigas en el Estío, y de aquellas vendimias en el Otoño! Por empaparme de vosotros, no guardo del lejano rincón de la provincia más que los recuerdos negros: la miseria de los explotados de allá, de los que con barreno y combo, con pala y arado, perforan la montaña ó labran la llanura para sus amos! Oh, los taciturnos mineros y los errantes inquilinos! Pobres bestias de carga que no poseen siquiera el palmo de tierra para el reposo eterno de sus cenizas, y cuyos cuerpos están condenados á la profanación de los buitres y los perros en lo alto de alguna roca ó en el fondo de un solitario barranco!

Salve á vosotras, cosas revolucionarias! Por reflejaros en mis cantos, he cerrado con siete llaves en lo más hondo de mi sér, el cariño sagrado á la pobre madre-cita, la veneración á las hebras blancas de su pelo y á las tristes arrugas de su frente! Por ser vuestro poeta, he dicho adios para siempre á la ternura de mi único ensueño adolescente, y hoy esquivo la visión obsesora de la casta virgen pá-

lida, de la mujer amada, de la novia blanca y rubia que soñé un día llevar hasta el ara del santuario para que la plata de sus azahares nevara sobre el oro de mis laureles!

Y ¡salve á vosotras, quimeras que nadie comprende y que en mí son un mundo de angustias y alegrías, espasmos de redención y delirios de anarquía, adioses de crepúsculos y bienvenidas de auroras, hálitos de cumbres y vértigos de abismos, esplendores de antorchas y flamear de rojas banderas victoriosas!.....

NOCHAS..... Y en tanto que afuera se destacan los relieves de suburbio como en un fondo de plombagina gris, y soplan los soplos boreales; en tanto que se atropellan arriba las legiones de nubes, y caen los raudos chorros de la lluvia, en tanto que el arroyo se aleja culebreando, y se revuelven á lo lejos los oleajes del mar, adentro, en la penumbra del cuarto desmantelado, el bohemio se ha sentido ungido por el óleo misterioso del Arte, se ha fingido ser como una gigante lira de veinte cuerdas..... Ha vibrado como una lira, y por la ventana que cruje, ha arrojado á los espacios, virgen y alada, la gran canción de sus veinte años!

VÍCTOR DOMINGO SILVA.

Valparaíso.

LAS QUIMERAS



Bajo un gran cielo gris, con una gran llanura polvorosa, sin caminos, sin césped, sin un cardo, sin una ortiga, encontré á varios hombres que marchaban encorvados.

Cada uno llevaba sobre su espalda una enorme Quimera, pesada como un saco de harina ó de carbón, ó como la forniture de un infante romano.

Pero el monstruoso animal no era un peso inerte, al contrario, envolvía y oprimía al hombre con sus músculos elasticos y poderosos; se asía con sus dos filosas garras del pecho de su montura, y su cabeza fabulosa remataba la frente del hombre, como uno de aquellos cascos horribles con que los antiguos guerreros esperaban aumentar el terror del enemigo.

Acerquéme á uno de aquellos hombres y le pregunté á dónde se dirigían así. Me respondió que no lo sabía, ni él ni los otros, pero que evidentemente iban á alguna parte, puesto que eran impulsados por una invencible necesidad de andar.

Detalle curioso que observar: ninguno de aquellos viajeros mostraba aspecto irritado contra el monstruo feroz suspendido de su cuello y pegado á su espalda; dijérase que lo consideraba como si formara parte de sí mismo. Todos aquellos rostros fatigados y graves no manifestaban ninguna desesperación; bajo la cúpula esplenética del cielo, con los pies hundidos en el polvo de un suelo tan desolado como el cielo, caminaban con la fisonomía resignada de los que están condenados á esperar siempre.

Y el cortejo pasó á mi lado y se sumergió en la atmósfera del horizonte, en el sitio en que la superficie redonda del planeta se oculta á la curiosidad de la vista humana.

Y durante algunos momentos me obstiné en querer penetrar aquel misterio; pero muy pronto la irresistible Indiferencia se abatió sobre mí, dejándome más pesadamente agobiado de lo que iban ellos bajo sus aplastantes Quimeras.

CHARLES BAUDELAIRE.

CHACKLIN

Una mañana muy temprano, un viejo fabricante de trampas y cazador famoso, subió á la gran montaña de Chacklin, con un paso todavía ágil.

Mosh Gloantza—así se llamaba—pasaba en todos aquellos contornos, y muchas leguas á lo lejos, por ser un intrépido ojeador de osos. Penetraba, aun en invierno, en el negro antro de la fiera, con una antorcha atada al extremo de su fusil y regularmente mataba á todos cuantos de aquellos animales se le presentaban.

Era también un hábil relator de historias interesantes, que agradaban sobremanera á la gente joven.

En la excursión que emprendió aquella vez, le aconteció hallarse en medio de una espesa neblina. Subió, subió, hasta el nacimiento del sol. Entonces llegó á una meseta rocallosa y contempló

un cuadro encantador. Sus ojos se fijaron en un grupo de niñas que rodeaban una imagen de la Virgen y la adornaban con guirnaldas de flores. Estaban envueltas por las grandes nubes brumosas que flotaban en rededor.

En el momento en que Mosh-Gloantza llegó á la meseta, un relámpago pasó bajo sus pies, seguido de un trueno violento, que parecía salir de las profundidades de la tierra y escalar las alturas.

—Ah! vos aquí! Venid, venid hasta la cumbre, Mosh-Gloantza! le gritaron de todas partes. Ved: hemos traído flores á la Virgen, porque estaba toda envuelta en brumas; pero ved: ya nos ha dado la lluvia que tanta falta nos hacia.

Se sentaron á la sombra y al abrigo de una saliente de la roca, y rogaron al viejo que les refriese alguna historia.

Mosh se quitó su gorra de pieles, contra su espesa ceja, y dijo:

—Sabéis quién ha hecho el Chacklin?

—¡Toma! Dios, exclamaron varias voces.

—No, dijo el viejo. Os engaãais. Dios ha hecho el sol, las mieses, los torrentes y las otras montañas, pero nó el Chacklin. Este fue levantado por los rumanos.

—Los rumanos! repitieron en coro las niñas sorprendidas.

—Si, ellos. Oid cómo fue:

«Hace mucho tiempo, tanto tiempo que ya nadie sabe exactamente cuándo, hubo una gran guerra. Los enemigos, que ya habian llegado hasta el Dniester, más parecian bestias feroces que hombres. Pequeños, contrahechos, tenian el rostro aplastado y eran amarillos como naranjas, con los ojos tan estrechos que apenas se les distinguian. Hubiérase dicho que estaban pegados á sus caballos, formando un mismo cuerpo con éstos. Se lanzaban al galope, como langostas arrebatadas por el viento.

«Por donde pasaban, no nacía más yerba. Todo quedaba maltratado, incendiado como con teas. El ruido de sus irrupciones llenaba de espanto á todo el país; pero los rumanos habian resuelto defender hasta la última pulgada de su territorio.

«Con tal designio, se aliaron á otra nación cuyos hombres tenian la piel blanca como la leche y la estatura imponente. Después de haber movilizad su fuerzas reunidas, marcharon sobre el Dniester, para impedir la aproximación de aquel enjambre de langostas.

«La lucha fue larga y encarnizada. Las aguas del río se tiñeron de sangre humana y pronto se encontraron obstruidas por montones de cadáveres. Pero nada pudo detener á aquellas hordas infernales. En vano se les pasaba á cuchillo; surgian otras de improviso y llenaban el claro de las que sucumbian. Sus flechas envenenadas herian á golpe certero, sembrando la muerte y el exterminio. Cuando se fatigaban de servirse del arco, volvían á la carga con sus lanzas.

«Los cuerpos aglomerados en el lecho del Dniester formaron al fin un puente sobre el cual pasaron los caballos. Los enemigos ganaron de esta manera la orilla opuesta del río, obligando á los rumanos á retirarse al otro lado del Pruth y ponerse allí á la defensiva.

«Aquella terrible batalla duró ocho días. El sol se levantó sobre un océano de sangre; los campos quedaron enroje-

cidos, el río arrastraba torrentes de púrpura.

«Al fin, el jefe de los rumanos los reunió y dijo:

—«Creo que debemos sucumbir, si no encontramos un reducto en donde detener la marcha de esos enjambres.

—«No somos aún dueños de nuestro hermoso país? exclamaron los guerreros de blonda cabellera, señalando el camino que se abría ante ellos.

«El jefe los arengó de nuevo:

—«Oid. Que cada cual coja un puñado de tierra y lo arroje delante de sí!

«Todos se apresuraron á obedecer y era tal su número, que en un abrir y cerrar de ojos se elevó una enorme masa de tierra, una alta montaña, á la cual llamaron Chacklin.

«No habia aún el enemigo renovado sus ataques, cuando ya la montaña desafiaba al cielo; el ejército rumano, acampado en la cumbre, ocupaba una posición inaccesible. Ahora podía retar á los hombres amarillos.

«Las langostas que pululaban al pie del Chacklin decidieron entonces sitiár por hambre á los rumanos. Bloquearon la montaña de tal manera que nadie pudo desde aquel instante descender de ella.

«Pronto se agotaron los víveres, y consternados los sitiados, hambrientos, veían debajo de su reducto las fértiles praderas, los abundantes pastales en donde gozaba el enemigo del bienestar que antes le perteneciera.

«La tortura más cruel para ellos era la sed, puesto que la montaña, de reciente formación, carecía de fuentes y cada ración de agua, llevada del valle, costaba la vida á lo menos á un hombre.

«Los jefes rumanos celebraron consejo, para resolver si no valdría más hacer una salida y morir matando.

«En tanto que deliberaban, se presentó ante ellos un joven pastor. Era grande y bello, con hermosos bucles y negrisimos ojos. Habló así:

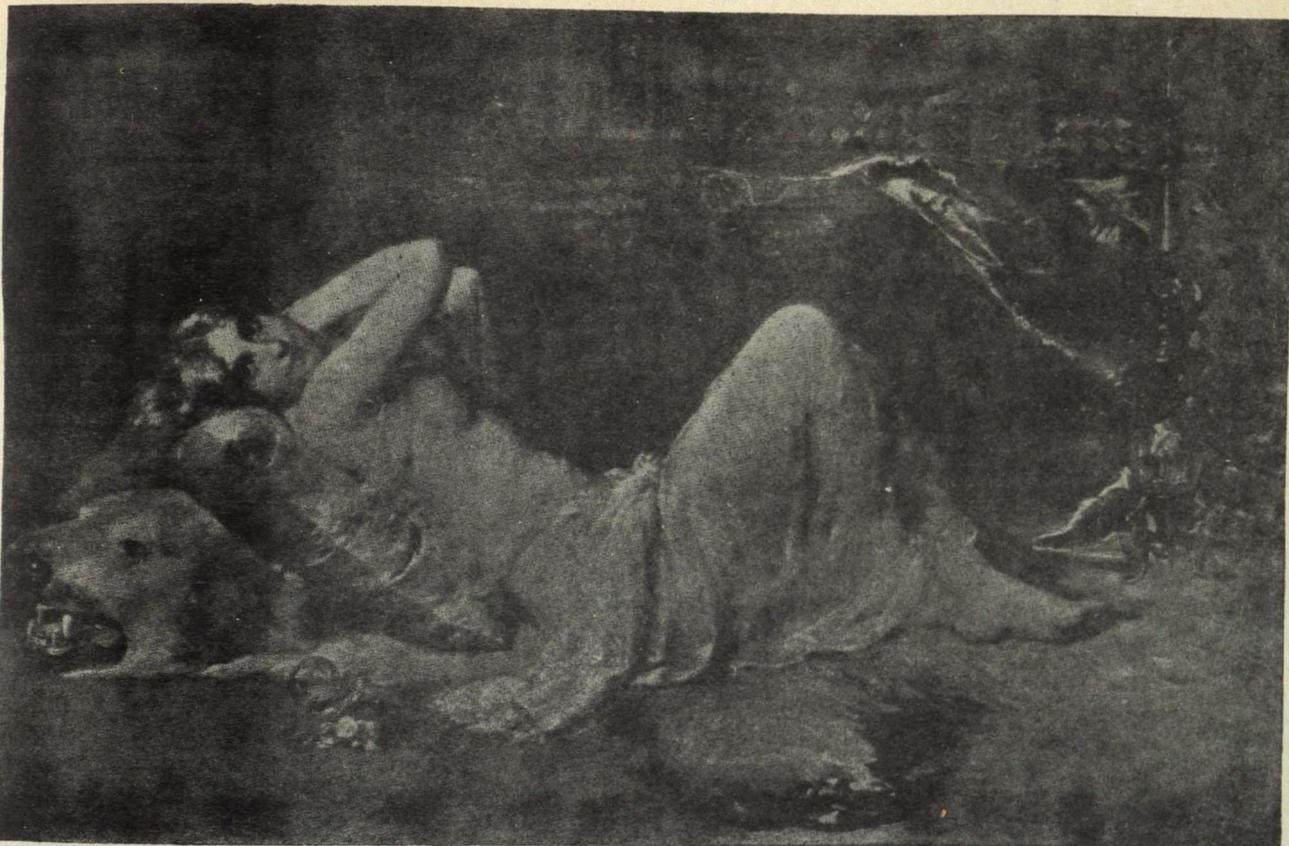
—«Mis jefes, he pensado día y noche en los mejores medios para dispersar á esos odiosos dragones que nos asedian. A mi vista han traspasado el corazón de mi querida esposa, la han clavado á un árbol, que han atado á la cola de sus caballos y la han arrastrado por el camino, enrojando sus piedras con la sangre de la pobre víctima.

«Por fin he hallado el medio para ejercer mi venganza, así haya de perecer. He recorrido minuciosamente la montaña, hasta dar con un sitio del cual es fácil desprender fragmentos de roca y hacerlos rodar hacia abajo, para aplastar á nuestros enemigos. Deseo conducirlos á él. Cuando hayáis cavado hasta la suficiente profundidad, yo descenderé al campamento de esas hordas y les ofreceré revelarles la manera de tomar por asalto la montaña. En el instante en que oigáis el sonido del cuerno, comenzad la obra, precipitad sobre ellos las masas desprendidas de la roca y cuando los hayáis exterminado á todos, podréis pasar sanos y salvos sobre sus cadáveres.

—«Tu nombre, bravo joven? preguntó uno de los jefes.

—«Bujor, el pastor.

—«¿Sabes cuál es la suerte que te espera si se descubre tu ardid?



QUIETUD. — Por A. Weiss

—«Lo sé. He visto cómo tratan á los inocentes. No podrán ser más crueles con los culpables, pero, qué me importa! La vida me es pesada como un fardo desde que ví morir á la que amaba.

«Se siguió, pues, el consejo de Bujor. Día y noche hoyaron hasta que se hizo una profunda excavación. Reunieron una inmensa pirámide de piedras, aunque con muchas dificultades, puesto que sus fuerzas se hallaban casi agotadas por las privaciones que habían sufrido.

«Al fin se vió removida una gran porción de tierra, de tal modo que al primer esfuerzo podía desagregarse y rodar sobre el enemigo.

«Entonces Bujor se despidió de sus compañeros y santiguándose solemnemente, comenzó su descenso al valle.

«Franqueó el cordón de centinelas enemigos, pretextando que tenía que hacer importantes revelaciones á su jefe. Declaró que perecían de hambre y que quería evitar á sus compañeros y amigos aquella horrible suerte.

«Pronto se encontró cara á cara con el jefe de los asaltantes. Su honrado corazón vaciló, porque aquel jefe era repugnante y la vista de sus rasgos reveladores de ferocidad le inspiró terror y repulsi6n.

«El hombre amarillo rechinó horriblemente los dientes y se pasó la lengua por los gruesos labios cuando Bujor le ofreció conducirlo por un sendero que no estaba guardado por los centinelas rumanos y por donde podía asaltarse la montaña sin dificultad.

—«Si me engañas, dijo el jefe, sufrirás un suplicio tan atroz, que la muerte misma te parecerá un consuelo.

«En medio de una noche profunda y sin estrellas, el enemigo avanzó hacia el Chacklin, guardando absoluto silencio. Habían envuelto en paja los casc0s de las caballerías para ahogar el ruido de sus pasos.

«Bujor marchaba delante, entre dos ginetes que no le perdían de vista ni un momento. Los movimientos del ejército enemigo se ejecutaban con lentitud, pues se quería dar tiempo á todos para que se reuniesen al pie de la montaña.

«El pastor conocía el sitio exacto en donde estaba oculto el cuerno. Avanzaba temblando, porque si en el instante dado no lograba acercar el cuerno á sus labios, antes de que lo notase el enemigo, todo estaba perdido.

—«Vió las negras cohortes estrecharse más á su rededor, cuando comenzaron la ascensión.

«Si! allí estaba el cuerno. Bujor lo tomó con mano firme, vió hacia atrás al enemigo que avanzaba, se persignó y lanzó un sonido prolongado y estridente.

«En el mismo instante, un golpe terrible lo echó por tierra y sintió que le pasaban una cuerda al cuello. Pero antes de perder el conocimiento, pudo ver que la montaña se hundía lentamente y oyó un ruido sordo y prolongado como si la tierra temblase. Gritos de espanto subían de todos lados y quedó enterrado en medio de miríadas de enemigos.

«Los rumanos se precipitaron al valle por sobre la tierra amontonada y los cadáveres de hombres y caballos. El desastre fue tan terrible, que varios años después se veían todavía cráneos y huesos salir del suelo.

«El resto del ejército enemigo fue de-

rrotado y lanzado á otras regiones, en donde aquellos demonios renovaron sus depredaciones.

«Nuestro héroe, Bujor, no había muerto. Un enorme fragmento de roca, detenido en su caída, lo había abrigado y la tierra que bajaba no le había cubierto ni asfixiado.

«Cuando volvió en sí horas después, sintió el nudo corredizo que le rodeaba el cuello y queriendo desatarlo, tocó una mano, la mano de un muerto, que retenía la cuerda en su puño rígido.

«Al menor movimiento, la tierra descendía en torrentes y estrechaba más y más el espacio que le quedaba y que le permitía ver y respirar. Se arrastró prudentemente hasta la mano muerta, desató con dificultad el apretado nudo y libró de él la cabeza. Pudiendo entonces moverse, se abrió un paso á través de la tierra, hozando con la mayor precaución como un topo y conservando siempre un hueco bajo la piedra, para volver al trabajo y buscar aire.

«Muchas veces tuvo que interrumpir su labor, y á menudo, cuando creía llegar á la superficie, daba con un cadáver al que casi no tenía fuerzas para apartar. A veces, cuando tanteaba al rededor, encontraba con horror ojos fijos sobre él y bocas de muertos entreabiertas.

«Al fin vió recompensada su perseverancia: un ligero rayo de luz, sostenido como un hilo, apareció y fue ampliándose gradualmente hasta que alcanzó el ancho de la mano. Respiró con una especie de embriaguez el aire fresco que entraba en sus pulmones y le daba alientos. De un salto supremo se lanzó fuera de su prisión. Estaba libre, pero apenas



CARACAS: Puente Carlos III

vió el día se desvaneció. Al volver en sí, se vió rodeado como de un silencio mortal. Amigos y enemigos, todos habían desaparecido, y los que al pie de la montaña yacían inmóviles y silencios, jamás vendrían á testificar lo que había acontecido.

«El hambre lo extenuaba, lo devoraba la sed. Bujor dirigió sus pasos vacilantes hacia el valle, pues prefería correr el riesgo de ser empestado por la podredumbre ó estropeado por los caballos salvajes, antes que morir de hambre, torturado, solo, entre aquellas tristezas. No se apareció ningún enemigo cuando se acercó al río para saciar su sed. Bebió ávidamente, á grandes sorbos y en seguida paseó sus miradas en derredor, por descubrir en dónde se hallarían sus compatriotas. No vió ni huella humana, en varios días de alejamiento de la montaña, puesto que cuantos tuvieron medios habían buscado su salud en la fuga, pereciendo, al contrario, cuantos se habían quedado por allí.

«Bujor volvió entonces hacia la montaña, esperando encontrar algunos restos de aquellos ejércitos que parecían desvanecidos en la nada. Se presentó si las tropas no habrían descendido al valle por otro camino, y fue más lejos, todavía más lejos, sin éxito.

«Cansado de tantos esfuerzos inútiles, se dijo al fin:

—«Para qué buscarlos? Deben creerme muerto hace tiempo.

«Rehizo la ascensión de la montaña y volvió á su oficio de pastor. Cuando refirió su historia á los otros pastores de las cercanías, éstos se mofaron de su ingenuidad y de sus relatos fabulosos, porque el ruido de la guerra no había llegado hasta ellos y jamás habían visto el enjambre de langostas. Se decían entre sí:

«Bujor ha repetido tanto ese cuento, que ya lo cree».

—Pobre pastor Bujor! exclamaron las niñas cuando Mosh-Gloantza terminó su relato. Y qué se hizo de él, después? ¿Continuó siendo pastor? Tuvo la recompensa de su bravura?

Mosh atacó su pipa y se puso á fumar tranquilamente.

—Ved en su busca, les dijo al fin. Puede que Dios, para recompensarlo, haya prolongado sus días.

—Oh! Estará sin duda muy viejo y muy triste!

Y bailaron una *hora* (*) en honra de la memoria de Bujor.

CARMEN SYLVA.
(S. M. la Reina de Rumanía).

(*) Danza de los campesinos rumanos.

EL TABACO

Fumaba yo, sentado en mi butaca,
Cuando al sopor de plácido mareo
Mis sueños de oro realizarse veo
Del humo denso entre la niebla opaca.

Mas ni la gloria mi ambición aplaca,
Ni nada colma mi febril deseo,
Hasta que al fin en el ambiente creo
Verte mecida en vaporosa hamaca.

Corro hacia tí, mi corazón te invoca;
Mas cuando el fuego del amor me hechiza
Y van mis labios á sellar tu boca,
De ellos ¡ay! el cigarro se desliza,
Y sólo queda, de ilusión tan loca,
Humo en el aire y á mis pies ceniza.

EL MARQUÉS DE AUÑÓN.
(Hoy Duque de Rivas.)



VIS A VIS

NOTAS LITERARIAS

OR correo urbano recibo esta breve y oportuna esquila:

El buen Mateo Arnold era de opinión que la crítica debía ser

un empeño desinteresado é imparcial en saber y propagar lo mejor que se sabe y piensa en el mundo. Según entiendo es eso lo que, dosimétricamente, en globulillos de prosa, se esfuerza usted en hacer en sus notas literarias (*); así, admirador como es usted del autor del *Mosaico de Política y Literatura*, es de justicia que desmienta la mala leyenda de que López Méndez posponía sus obligaciones de empleado público á su amor á la sabiduría, instruyéndose en libros que por su mano pasaban en la oficina de correos.

Nó; si algo distinguió á nuestro gran-

(*) En efecto, mis otros homónimos van por diferentes caminos, porque ya se sabe que somos varios del mismo nombre que el señor Herrera Irigoyen ha numerado como en una casa de corrección.

de y malogrado amigo fue su clara y firme noción del deber. Hoy más que nunca debemos hacer hincapié en este rasgo distintivo de su espíritu, hoy que muchos creen que basta una bonita frase, una pirueta literaria, para merecer el aprecio y el respeto de sus conciudadanos. El escritor pierde autoridad é influencia desde que su propia vida deja de ser su mejor obra de arte; y en todo caso, una existencia digna y armoniosa es tan bella como el más bello de los poemas.

Hace dos meses que el cable avisó en su estilo conciso é impenable, que el Campanario de la plaza de San Marcos, en Venecia, se había derrumbado; y esta noticia, que para muchos era indiferente, ha llenado de emoción á toda Italia y á los amantes de

las cosas viejas, tristes, desteñidas

que cantó José Asunción Silva.

En doliente peregrinaje han ido los venecianos á la antigua Piazza; la reina Margarita y el conde de Bulow han expresado al Concejo Comunal la pena que les causa este acontecimiento; para la reconstrucción del Campanario se ha abierto una suscripción popular que pasa ya de un millón de francos; el Ministro de Instrucción Pública y el de Obras Públicas del Reino se interesan vivamente en lo que ha sido llamado «una desgracia nacional.»

Contra la reconstrucción del *Campanile* ha escrito Pierre Louÿs un bello artículo, pero al que falta la piedad hacia aquellos venerables escombros. Del *Campanile* dice: «Estaba mal concebido, mal construido y mal colocado; tenía poca base y demasiado coronamiento; remataba en un ángel en figura de cigüeña que no simbolizaba nada en la ciudad del León». Su nobleza dependía, según el autor de *Afrodita*, de recoger á veces, á cien metros sobre el nivel de las aguas, ciertos matices flotantes en el aire superior. No es la muerte del Campanario lo que debemos deplorar, sino la agonía de Venecia: «Venecia tendrá la suerte de Argel, la suerte de Santa Lucía: se demolerá casa por casa, todo lo que constituía su belleza antigua. Ya han sido turbadas las aguas del Gran Canal con las ruedas violentas de los botes de vapor. Un día, por medida sanitaria, se desecarán los canales, y por allí cruzarán tranvías de arrabal, es decir, trenes de cinco carros. Y será entonces el fin de tus tres bellezas, Ciudad de las Aguas, Ciudad del Rojo, Ciudad de las Tardes Silenciosas; pero ni tus habitantes, ni los viajeros pensarán en gemir con tal de que entre la Plaza de San Marcos y la Piazzetta de Venecia se alce un *Campanile* completamente nuevo: doblemente abominable.»

Acaso Pierre Louÿs hable como francés, porque para los italianos el Campanario, donde dormían las palomas desde el tiempo Duxs, no era solamente una

pirámide de piedras sino un sepulcro de la divina alma veneciana; lo que es quizás para el caraqueño la torre de nuestra Catedral, fea para el turista mas para nuestros ojos cariñosos vivo recuerdo de añejas historias. Pero si un día la vieja torre de la ciudad de Bolívar se desplomara en tierra, desearía que sus despojos fueran enterrados para siempre, como los huesos de un héroe centenario que vió pasar á sus pies los sueños, las grandezas, las locuras de muchas generaciones.

—¿La Sociedad Pérez Bonalde existe? —pregúntame de repente alguno á quien encontré en la calle.

—Sí, señor, respóndile, pero está en receso... como otras tantas cosas; la época no es favorable á las manifestaciones poéticas. En su debida ocasión la Junta Directiva dirá el estado de nuestro proyecto; por ahora puedo decir á usted que el pulcro Tesorero, el delicado escritor Juan Fernández Hurtado, tiene en caja trescientos cuarenta y cinco bolívares.

—¿Y con esa módica suma piensan ustedes llevar á cabo el homenaje al Poeta?

—Al menos nos servirá para comprar flores el día de la apoteosis. El Congreso no pudo ó no quiso decretar los honores del Panteón al admirable cantor del Niágara y traductor de Heine... ¡es toda una historia! En verdad que no tenemos para pomposos carros mortuorios, para catafalcos bañados en lágrimas de papel plateado; pero no importa: iremos á La Guaira, descenderemos por la estrecha cuesta de San Juan de Dios, árida y romántica como una callejuela de Toledo, sacaremos los queridos restos de la tumba en que duermen cerca del mar, y ya de regreso nos detendremos un momento en el punto donde el poeta exclamó:

*Caracas allí está, sus techos rojos,
Su blanca torre, sus azules lomas
Y sus bandas de tímidas palomas
Hacen nublar de lágrimas mis ojos.*

Luégo colocaremos las cenizas en la tierra maternal y las cubriremos de rosas.

—¿Y el busto?

—Usted sabe que de los dos presentados en el concurso el Jurado escogió el del joven escultor Lorenzo González. El modelo en barro fue vaciado en yeso, pero nos falta el mármol...

En ese instante el coche de un riquísimo usurero nos salpicó de lodo é interrumpió nuestra lírica conversación.

Eloy González me comunica un hermoso proyecto, que le ha sugerido un capítulo de las *Crónicas del Bulevar*, del escritor argentino Manuel Ugarte. Se trata nada menos que de reunir, «cuando el tiempo lo permita» un Congreso de la Juventud, siguiendo así una buena moda de la capital de Francia, puesto que todo no debe reducirse á imitar vicios y figurines. Someter á un grupo de la juventud venezolana algunas cuestiones vitales para nuestra existencia nacional, tal sería el principal objeto del problemático Congreso, cuidando sobre todo, como en el de París, de «no votar ninguna decisión final», éste, según escribe Ugarte, «se ha contentado con remover ideas. La juventud no puede decretarse una actitud

para el porvenir. Sus convicciones actuales son quizá sólo una etapa hacia la «plena verdad». Pero el Congreso ha sancionado un principio elemental que dará rumbos nuevos: la necesidad de influir sobre la vida.»

El *modus operandi* para la formación de ese «Congresito»—sin herir peligrosas susceptibilidades—es una X que Eloy González tendrá que despejar con todo su Zorraquin.

A mí ese mismo capítulo de las *Crónicas*, me ha sugerido otra especie de imaginaciones. Cree Ugarte que durante el proceso Dreyfus la juventud francesa se afilió al partido revisionista ó al anti-revisionista, según los autores que contribuyeron á la educación mental de cada uno. Ello es probable; pero en atribuir á Nietzsche la influencia que Ugarte indica en esa gran crisis, hay no escaso error, puesto que fue ya próximo á terminar el célebre proceso cuando se publicó la primera traducción de Henri Albert; lo mismo podría decirse respecto á Wells, quien en el fondo es más que todo un terrible humorista, cuya boga literaria es muy reciente para haber penetrado y transformado la conciencia de tantos franceses.

Lo que á mí entender sí se vio durante el proceso Dreyfus, fue un curioso fenómeno de inversión religiosa y sentimental: los dreyfusistas—judíos y libre-pensadores en su mayoría—obedecían inconscientemente á los postulados morales del Cristianismo, y los anti-dreyfusistas—católicos casi todos—se basaban en la teoría de la defensa é integridad de la Raza, que bautizaron «nacionalismo», doctrina de origen esencialmente judío y que ha sido el vinculo que siempre unió á los hebreos al través de los pueblos y los tiempos más hostiles. Allí se encontraron en cierto modo trocados los papeles de los que en la historia representan la lucha entre dos principios enemigos; y por eso sobre el proscenio donde se representó aquel drama hay una máscara que ríe con feroz ironía.

Como si no bastara con los literatos que hay en el mundo, Antonio Albalat se propone aumentar la especie por medio de un método que él expone en sus dos libros: *El Arte de escribir, enseñado en veinte lecciones* y *La formación del estilo por la asimilación de autores*, títulos que hacen recordar á las incubadoras artificiales y tienden á destruir, entre otras amables leyendas, la de que el poeta nace pero no se hace.

Por fortuna, Remy de Gourmont, que cree en el escritor nato como otros en el criminal nato, ha escrito y continúa escribiendo contra las enseñanzas de Albalat, y en apoyo de los que sostienen que el verdadero escritor es un sér cuya especial conformación psíquica y aun fisiológica lo hace apto para convertir sus sensaciones en elemento artístico, y cuyas facultades pueden ser perfeccionadas pero no creadas por la educación. Así mientras Albalat manda á aprender en Homero el arte de describir, de Gourmont exclama: «el arte de describir es el arte de ver, es el arte de sentir por todos los poros, por todas las papilas nerviosas y nada más». Hé aquí algo mucho más difícil que aprender á llenar cuartillas con la *Iliada* por delante. Homero era un primitivo cuya sensibilidad di-

fiere por completo de la nuestra; su manera de escribir dependía de una manera de sentir, y de consiguiente su estilo es inimitable para nosotros.

Sobre la metáfora hace de Gourmont muy perspicaces observaciones: en la historia del estilo la metáfora es posterior á la comparación, que es una forma elemental de la imaginación visual; la cultura de nuestros sentidos ha hecho indispensable la metáfora, «los que por la constitución de su cerebro son inaptos para crear nuevas, emplean las que están en uso.»

Las metáforas nuevas disgustan, por lo común, á las personas que viven empleando metáforas viejas. «El cielo de la boca» debió causar una revolución en su época, ahora la repiten los mismos que alaban los «labios de coral», el «cuello de cisne», la «cintura de palmera», porque los «cabellos negros, como el ala de cuervo» es la más cansada de las comparaciones. El mismo que alaba la dulce voz de una señorita, se indigna contra la dulce cabellera, que canta un escritor moderno, como si ambas imágenes no fueran trasposiciones de una misma sensación del paladar.

Muchísimo más importante que el arte de escribir ó imitar de este señor Albalat, sería un tratado sobre el arte de leer, un *Manual del perfecto lector*, porque la verdad es que quizás no pueda haber buenos autores donde no hay buenos lectores, es decir, que sepan ver el alma tras el esqueleto de las palabras.

Además de las obras venezolanas de próxima publicación de que habló EL COJO ILUSTRADO, en su último número, se me da cuenta de las siguientes: un libro sobre *Lord Byron* y un ensayo sobre *Shelley*, por Julio Calcaño; un poema criollo de Luis Churián; un estudio sobre los extranjeros en Venezuela, por Angel César Rivas; *La vida en nuestras zonas*, por Domingo B. Castillo; *Guerra y Fiebre*, por Baltazar Vallenilla; *Almas rústicas*, por Pedro Queremel, y una serie de acuarelas por José Antonio Espinoza.

JULIO DE CARACAS.

ASÍ.....

A ELOY G. GONZÁLEZ.

Dos cisnes misteriosos, de lánguidos perfiles, de graves ojos diáfanos, y pieles brilladoras, las siluetas del cuello, en parejas sutiles erguan, como altas cimas, como galantes proras!

Las nevadas visiones de sus cuerpos gentiles flotaban sobre el lago, cual lucientes auroras, y el nácar de sus picos, en forma de buriles rompía el metal del agua, en rimas gemidoras!

La noche aridecida... entre ruidos alevés dejaba huir la sombra de sus fantasmas breves en el cristal sonoro, de aquel abismo terso;

Y los cisnes dormían... sobre las ondas quietas... en cruz las alas tristes...—¡dolorosos poetas que graban en las ondas el perfil de su verso!—

J. I. VARGAS VILA.



CONVALESCENCIA

PORCELANA

Cuando, como una esencia ya olvidada,
hablándome de tí, la tarde viene
á decir—delatora enamorada—
la pesadumbre que tu risa tiene;

Y envuelta miro en su genial quebranto
tu imagen, donde vive la agonía,
rodeada de ese doloroso encanto
de la convalesciente todavía;

Cuando tus ojos, que el enigma besa
bajo tu blanca frente pensativa,
se alzan, brillando de infantil sorpresa
en el pudor de la mirada esquiva;

Y el desdén—siendo entonces la más buena—
en tu dulzura ingenua desamparas,
mostrando así, por la sumisa arena
la aristocracia de tus formas raras;

Cuando la indiscreción del viento frío,
que el rizo indócil de tu sien alegra,

advierte á mi insinuante desvarío
el fino luto de tu media negra;

Cuando tu nombre que forjó una estrella,
perfuma de heliotropo mi cariño,
y erige tu prestigio de doncella
la opulencia ducal de tu corpiño;

Cuando la angustia de mi torva calma
hace de mi sonrisa una agonía,
y no pudiendo más, busco tu alma
porque hace tiempo que se fué la mía;

Y aquella extraña música conjura
mis sueños—pajes del feudal destino—
y en tu jubón de muselina obscura,
se hace un pliegue que turba como el vino;

Entonces, mi ternura medio abre
como una rosa á la mañana, el broche,
y el pecho ruega que la musa labre
el verso confidente de la noche.

El odio de mis labios se despeña,
y mi alma, por la lucha endurecida,

es el Vicente de Paúl que sueña
en las misericordias de la Vida.

Oh ! tú, la siempre bella ! Lenitivo
piadoso. Has de mi dolor sañudo,
con la promesa de tu labio vivo,
rima de amor para tu talle esquivo,
verso triunfal para tu pie menudo.

E. HERNANDEZ H.

Maracaibo: 1902.

EL GALLO

Á LINCOLN DE ZAYAS.

Firme y erguido en la escamosa pata,
el pescuezo encendido y al desnudo,
lleva por arma el espolón agudo
este rey de corona de escariata.

Mientras vive, con impetu desata
las dos pasiones de su instinto rudo,
y como sino incontrastable y mudo
del animal y el hombre, engendra y mata.

Ama y lucha; su tiempo se reparte
en victorias de Venus y de Marte.
Sultán de su comarca, le es vasallo
el rival que le canta y que le envidia,
y es tenorio fecundo en el serrallo
y gladiador mortífero en la lidia!

MANUEL S. PICHARDO.

1902.

ANOCHE

Se abrió la puerta por sí sola, y pude
verle que entraba silencioso y lívido;
ahogando un grito al contemplarle, dije:

—Es él mismo, es él mismo!

Aquella era su frente, aquellos ojos
eran los suyos, grandes y expresivos,
su sonrisa era aquella, melancólica
como la luz de un cirio.

No me dejó mirarlo mucho tiempo,
porque desapareció sin hacer ruido,
cruzando, una por una, las estancias
del hogar en que vivo.

Yo corrí presuroso á detenerlo.....
¡No estaba muerto, no, porque era él mismo!
—Adiós!—con una mano me decía,
viéndome perseguirlo.

No andaba cual nosotros los mortales,
pues iba resbalando en el vacío,
con su misma figura idolatrada,
con sus propios vestidos.....

Quise entonces gritar y suplicarle,
y desperté llorando como un niño.....
¡Pobres padres aquellos que soñando
al hijo muerto lo contemplan vivo!

BONIFACIO BYRNE.



Cuadro de Antonio Rotta

FRASES HISTÓRICAS Y LITERARIAS

—
Aujourd'hui, la plupart des
mots historiques sont déclarés
apocryphes.....

Ch. Lozan.

El abismo de Pascal

Con este nombre se designa el antro imaginario que Pascal creía ver siempre abierto bajo sus pies. Parece que esta visión tuvo por causa un accidente que produjo una impresión intensa en el ánimo del autor de *Las Provinciales* y que se halla referido del modo siguiente, en un manuscrito de los Padres del oratorio de Clermont: «Arnoul (de Saint Victor), cura de Chambourcy, dice que supo del prior de Barillon, amigo de madame Perier, una de las dos hermanas de Pascal, que éste, algunos años antes de su muerte había ido un día de fiesta, según su costumbre, al paseo del puente de Neuilly con algunos amigos, en una carroza de cuatro ó seis caballos y que los dos delanteros se encabitaron en el punto del puente en donde no hay antepecho, rompiendo las correas y colocando la carroza al borde del precipicio.

Tal incidente obligó á Pascal á suspender sus paseos y á vivir en una absoluta soledad».

Luégo, el abate Boileau ha agregado: «aquél grande espíritu creía ver siempre un abismo á su lado izquierdo y hacía colocar una silla para tranquilizarse. En vano habían tratado de conseguirlo sus amigos, su director, su confesor: era el alarma de una imaginación extenuada por los estudios abstractos y metafísicos. Convenía en todo ello, pero continuaba viendo el terrible abismo».

Los filósofos del siglo XVIII tomaron al pie de la letra la referencia del abate Boileau, y dedujeron que desde entonces Pascal se había vuelto supersticioso y monomaniaco. Algunos contemporáneos también lo piensan y suponen que el abismo á cuyo borde se había detenido como por milagro, había sido para él la imagen de la eternidad. Otros, como Sainte-Beuve, se admiran de que Pascal no hubiese hablado á nadie de semejante visión, á excepción del abate Boileau, y creen, por tanto, que el tal *abismo* sea pura leyenda.

Lo que puede dar lugar á la suposición de que Pascal en sus últimos años y des-

pués del accidente de Neuilly, fue obsediado por una idea fija, es el escrito en dos ejemplares, uno en pergamino y el otro en papel, que se encontró después de su muerte en el forro del jubón y que cosía y descosía cuantas veces cambiaba de traje.

En un trabajo titulado *Pascal físico y filósofo*, Nourrisson rechaza toda idea de locura y se esfuerza por demostrar que el mencionado papel no era un amuleto, sino una ardiente profesión de fe, que le confortaba. Veinte y cinco años antes, Emile Saisset sostenía la misma opinión en la Sorbona y concluía diciendo: «Ese escrito es conmovedor y me ha permitido ir hasta el fondo del alma de Pascal. No puedo compararlo sino al relato de la conversión de San Agustín».

A la linterna!

Este grito, lanzado en los oídos de los aristócratas á quienes el pueblo amenazaba con la horca, hacia alusión á la *linterna de la Grève*, farol colgado á un poste de la esquina de la calle Vannerie y de la plaza de Grève. En los primeros furros de la Revolución, aquel poste fue instrumento de varias ejecuciones sumarias, y la *linterna* no tardó en hacerse una palabra á la moda, un objeto de chanzas siniestras.

Camilo Desmoulin publicó en 1789 un folleto que tenía por título: *Discursos de la Linterna á los parisienses*. Tal discurso llevaba este epígrafe: *qui male agit odit lucem*, que Desmoulin traducía así: *solamente los bribones temen á los faroles*.

Fréron escribía en su diario: «Mirabeau, Mirabeau, menos talento y más virtudes: cuidado con la linterna!»

Y cuando Mounier, después de las jornadas del 5 y 6 de octubre en Versailles, dió su dimisión de Presidente de la Asamblea y se retiró al Delfinado, una caricatura lo representó á caballo, con una linterna detrás: debajo se leía esta parodia de un verso de Boileau:

La linterna galopa á la grupa

En estos tiempos el recuerdo revolucionario de la linterna ha sido avivado por Henri Rochefort en un folleto hebdomadario contra los hombres y las cosas de tiempos de Napoleón III. «Ese memorial de las ordures del Imperio» como lo llamaba Rochefort, no apareció sino once veces en Paris; los otros números (hasta el 74^o) se publicaron en Bélgica, en donde se había refugiado Rochefort, por haber sido condenado á un año de prisión y 10.000 francos de multa.

La *Linterna* se llama hoy un diario francés.

En cuanto al grito *A la linterna!*, debe su celebridad al abate Maury, el defensor encarnizado, audaz y provocador de las instituciones del pasado. A las turbas, que más por excitarlo que por amenazarlo, le gritaban: *A la linterna el abate Maury!*, les contestaba audazmente con palabras como estas: *Bueno, ¿y veréis más claro al ponerme en un farol?*

Maury poseía en alto grado la intrepidez de la lengua. A uno que le amenazaba con enviarlo á decir la misa á todos los diablos, le contestó, sacando un par de pistolas del bolsillo: *Aquí llevo las vinagras*.

Cuando Regnault de Saint-Jean-d'Angely le preguntaba: «¿Creéis valer gran



M. Noté, artista de la Academia Nacional de Música, de París — Acto II de "Siegfried"

cosa?» replicaba el sarcástico abate: *Muy poco cuando me juzgo; mucho, cuando me comparo.*

A Mirabeau, cuando le amenazaba con encerrarlo en un círculo vicioso: «¿Váis, pues, á abrazarme, señor de Mirabeau?»

A los grandes hombres, la Patria reconocida

Una iglesia fundada por Clodoveo sobre el monte Lucotio y consagrada á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, tomó el nombre de Santa Genoveva, cuando fueron depositados en ella los restos de la patrona de París. El ataúd venerado de la Santa fue objeto de numerosas peregrinaciones y poco á poco la iglesia llegó á ser una abadía. La calle principal que conducía á ella se llamó *Santa Genoveva la Grande*, y después *Santa Genoveva del Monte*.

Reconstruidos á menudo, ensanchados ó restaurados, los establecimientos de esta abadía subsistían aún en el siglo XVIII; pero amenazaban ruina. Luis XV, para cumplir el voto que había hecho en favor de las iglesias durante su enfermedad en Metz, ordenó por cartas patentes

del mes de marzo de 1757, que fuese reedificada la iglesia de Santa Genoveva. El terreno fue bendecido el año siguiente por el abate de Saint-Germain y los trabajos prosiguieron con actividad, hasta que seis años después Luis XV hizo colocar la primera piedra de la cúpula.

Ni él, ni Luis XVI vieron concluidos los trabajos; no lo estaban todavía para 1791. Sin embargo, el nuevo edificio se elevaba majestuosamente sobre la montaña Santa Genoveva: no evocaba ni la historia del pasado, ni á la patrona de París, ni á la leyenda, y no se adaptaba á ninguna de las conveniencias de la época: era un templo ático, que recordaba por su forma y por su magnitud al Panteón romano. Sin duda fue esta semejanza la que sugirió á Pastoret, el mismo día de la muerte de Mirabeau, 2 de abril de 1791, el pensamiento de hacer al departamento de París, la proposición de consagrar este monumento á guardar los despojos mortales de los grandes hombres. La proposición, llevada á la Asamblea Constituyente, fue acogida por aclamación, y el 4 de abril se votó el siguiente decreto:

Art. 1º. El nuevo edificio de Santa Genoveva se destina á las cenizas de los

grandes hombres, á partir de la fecha de la libertad francesa.

Art. 2º. El cuerpo legislativo dispondrá á quienes debe otorgarse este honor.

Art. 3º. Honorato Riquetti Mirabeau es digno de él.

Art. 4º. La legislatura no podrá en lo sucesivo conceder este honor á ninguno de sus miembros que fallezca: solamente podrá hacerlo la siguiente legislatura.

Art. 5º. El cuerpo legislativo indicará las excepciones que deban hacerse respecto á los grandes hombres muertos antes de la Revolución.

Art. 6º. El directorio del departamento de París pondrá inmediatamente el edificio de Santa Genoveva en condiciones de llenar su nuevo destino, y hará grabar en su frontis estas palabras: *A los grandes hombres, la Patria reconocida.*

Art. 7º. Mientras se concluye la nueva iglesia de Santa Genoveva, el cuerpo de Riquetti Mirabeau será colocado al lado de las cenizas de Descartes, en la cripta de la antigua iglesia de Santa Genoveva.

Al año siguiente, «el edificio de Santa Genoveva» recibió el nombre de *Panteón francés* y los «grandes hombres muertos antes de la Revolución» que recibieron primero el mismo honor que Mirabeau, fueron Voltaire y Rousseau, el 10 de julio de 1791 y el 11 de octubre de 1791, respectivamente. Bajo la Convención, cuando se descubrieron las inteligencias de Mirabeau con la Corte, fueron extraídos sus restos del Panteón y se les reemplazó con los de Marat. Le fueron concedidos iguales honores, durante la Revolución, á Beaurepaire, comandante de Verdun, y á Lepeletier de Saint-Fargeau, á Barra y á Viala.

En 1806 el *Panteón* fue devuelto al culto; pero en el espíritu de la época no perdió el destino que le había dado la Asamblea Constituyente; sus criptas fueron consagradas á sepulcro de los grandes dignatarios, de los grandes oficiales del Imperio, de los senadores, de los grandes oficiales de la Legión de Honor y, en virtud de decretos especiales, de los ciudadanos que en la carrera de las armas ó en la administración y las letras, prestasen servicios eminentes á la patria.

Según los términos del decreto imperial, de 20 de febrero de 1806, debía oficiarse solemnemente en la iglesia de Santa Genoveva: el 3 de enero, fiesta de la patrona; el 15 de agosto, «día de San Napoleón» y aniversario de la conclusión del Concordato; el día de los Muertos y el primer domingo de diciembre, aniversario de la coronación y de la batalla de Austerlitz.

Bajo la Restauración, el edificio dejó de llamarse *Panteón*: Luis XVIII quiso que se consagrara «exclusivamente al culto divino». La inscripción *A los grandes hombres, la patria reconocida*, fue reemplazada por esta: *D. O. M. Sub. inv. S. Genovevæ Lud. XV dicavit, Lud. XVIII restituit*, esculpida en el timpano del frontis. Gros decoró la cúpula con una gran composición que representaba la apoteosis de Santa Genoveva.

El gobierno de julio hizo renacer el *Panteón*. El 26 de agosto de 1830, Luis Felipe ordenó:—«Considerando que es de justicia nacional y de honor para la Francia, que los grandes hombres que han merecido bien de la Patria, contribuyendo á su dicha y á su gloria, tengan

después de su muerte un testimonio perenne del aprecio y de la gratitud públicos;

«Considerando que para llegar á este objeto deben ser revalidadas las leyes que asignan semejante destino al Panteón,

«Venimos en ordenar y ordenamos: «Devuélvase el Panteón á su primitivo destino legal; restablézcase la inscripción *A los grandes hombres, la Patria reconocida*; depositense en él los restos de los que hayan merecido bien de la Patria».

No entraron, sin embargo; sino que se colocaron en el Panteón cuatro tablas de bronce en donde estaban grabados los nombres de las víctimas de la revolución de Julio. La ceremonia de la instalación de las tablas tuvo efecto el 27 de julio de 1831, en presencia del rey, y Adolfo Nourrit cantó en ella el himno que Víctor Hugo escribió en honor de las víctimas. (*Cantos del crepúsculo*, III).

Por decretos de 6 de diciembre de 1851 y 22 de marzo de 1852, el Panteón fue restituído á la patrona de París. Allí se celebraba el culto, pero también se rogaba por los muertos enterrados en las criptas de la iglesia. La tradición revolucionaria no había desaparecido y el monumento siempre se llamaba *Panteón*.

Con motivo de la muerte de Víctor Hugo, el 22 de mayo de 1885, el edificio fue de nuevo restituído á la Patria, para depositar en él los restos de los grandes, aplicable esta disposición á aquellos á quienes se hubiesen decretados funerales nacionales. Decreto del mismo día decía: «Por cuanto se han dispuesto exequias nacionales, los restos de Víctor Hugo merecen el Panteón».

MAGDALENA

Magdalena, Magdalena,
Olvida la oculta pena
Que marchitándose está;
Lo pasado nada importa,
Mira que la vida es corta
Y la juventud se va.

Ya no estés callada y triste,
Él te quiso y le quisiste,
Pero aquello ya pasó:
A mí también me han querido;
Me han olvidado, y olvidado.
Haz lo mismo que hago yo.

Tú no tienes quince años;
En tus cabellos castaños
Hebras de plata se ven.
Quiéreme, que aunque es seguro
Que mi amor no es casto y puro,
Te he de querer mucho y bien.

Ya los dos no somos niños;
De ternuras y cariños
Sabemos lo que es mejor,
Y si tu alma no es la mía,
Suplirá la fantasía
Lo que nos falte de amor.

El, sin duda, vendrá luégo;
Será luz y será fuego,
Me amarás y te amaré,
Y habrá en el fondo del vaso
Algunas gotas, acaso,
De otra dicha y de otra fe.

Piensa de diverso modo;
Mira que el amor es todo,
Y amémonos bien los dos.
No hables de virtud cristiana,
Que si te canso..... mañana
Podrás entregarte á Dios.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

DILIA

..... Flotaba en el vacío como un péndulo
en medio de la sombra de esa noche
como el caos, siniestra, el cuerpo rígido
de Judas Iscariote....

De pronto sonó un beso; y pudo verse
de un rayo á los rojizos resplandores
que una mujer, la amante del apóstol,
del sér abandonado de los dioses,
estrechaba en sus brazos al ahorcado
y en explosión de amores,
despreciando las iras de los cielos,
despreciando el sarcasmo de los hombres,
con las quemantes ascuas de sus labios
prendidas al calor de sus pasiones,
volver quería el fuego
de otros días mejores
al livido cadáver
helado como un bronce,
sin verter una queja
ni exhalar un reproche.....!

Así quiero tu amor! Así, terrible,
eterno, ardiente, impetuoso, enorme!
Si amarme es tu destino,
ámame sin temores:
cual la tormenta el águila,
como el marino el vórtice!
Quiero que como te amo,
como te amo me adores:
despreciando las iras de los tuyos,
despreciando el sarcasmo de los hombres;
y con las rojas ascuas de tus labios
prendidas al calor de tus pasiones,
le devuelvas el fuego
de otros días mejores
al livido cadáver de mi alma,
helada como un bronce,
sin verter una queja
ni exhalar un reproche!

CLÍMACO SOTO BORDA.

DUELO

Llegó entre dos esbirros, que no dudán
de que á un monstruo feroz guardan y aquietan.
Gritos desgarradores me saludan
y brazos epilépticos me aprietan.

Suspensio en el umbral callo y vacilo.
Alto y grueso blandón muestra y agrava
con lampo incierto el espantable asilo.
La llama treme al soplo, sesga y flava. . . .
¡Pugna por arrancarse del pabulo
y huir de penas que ilumina esclava!

Sobre mezquino y enlutado lecho,
y en negro traje que semeja extraño,
y las manos unidas en el pecho,
y al vientre hielo y en la faz un paño,
el cuerpo yace inmóvil y derecho.

Y ante la forma en que mi padre ha sido,
lloro, por más que la razón me advierta
que un cadáver no es trono demolido,
ni roto altar, sino prisión desierta.

¿Qué amigo que no ácida y me acompañe?
La turba, que penetra sin permiso,
rodea el catre funeral y plañe;

y en el cercano templo el bronce tañe
lento y lúgubre adiós al manumiso.

Al pueblo, el bardo es gracia y no carcoma.
Es como el floripondio de la linde
que cándido y triunfal surge y asoma,
y al polvo de la senda torna y rinde
el noble cáliz y el piadoso aroma.

¡Oh ingenio que subiste, que arribaste
al eminente y suspirado extremo!
¿Por qué de la fortuna te quejaste
en los acentos del dolor supremo?

¡Ay de mí, que rabioso en un erío
y á mitad de la ruta estoy parado;
que anhelo y lucho por cruzar un río
y no hallo puente, ni batel, ni vado;
y miro allá, por campo labrantio,
la fausta meta en el opuesto lado,
y el Sol morir, con victorial decoro,
bajo un dosel de púrpura y de oro!

Oigo decir de mi destino á un chusco:
«Talento seductor; pero perdido
en la sombra del mal y del olvido.....
Perla rica en las babas de un molusco
encerrado en su concha y escondido
en el fondo de un mar lóbrego y brusco.....»

En sublime absorción hurgo la mente:
medito con asombro en ese paso
de todas las estrellas á un Ocaso
que allende una ilusión resulta Oriente.....
Y me inclino arrobado y reverente.

SALVADOR DIAZ MIRON.

Veracruz, el 4 de enero de 1895.

WELCOME!

Entra; rayo de luna, bien venido;
Hace ya muchas noches que me faltas;
Dejé abierto el balcón, y sólo entraron
Las sombras á mi estancia.
Oh ingrato compañero! Eres el mismo;
La trasparente ráfaga,
La hermosa cinta de fulgor, que tiene
El amarillo diáfano del ámbar.
Entra, ya no está aquí, ya no has de verla;
Ya no sorprendes nada;
Ya no eres importuno aun cuando arrojes
Sobre el lecho nupcial tu luz de nácar.
Derrámate en la alfombra cual si fueras
Una lluvia de escarcha;
Préndete en el oscuro cortinaje
Y finge un chal de plata.
Ves?.... Todo está polvoso y descuidado;
Esta tristeza espanta.....
Se columpia en la clave ennegrecida,
Sin pájaros la jaula.
Ves?.... Sobre el toco barandal enreda
Sus marchitos estambres la campánula,
Y está el rosal sin flor, ajado el lirio
Y seca la albahaca.....
Celestial indiscreto!..... Yo te amo;
Ella también te amaba;
¡Quebraste tantas veces tus reflejos
Sobre su frente pensativa y casta!
Entra, ya no está aquí la niña rubia,
La soñadora blanca
Que viendo tus cambiantes me decía:
¡Es la risa de Dios en nuestra casa!
Oh ingrato compañero! Ya no estamos
Más que tú y yo en la estancia;
Pero si quieres verla, bien venido,
Celestial indiscreto, entra á mi alma!

LUIS G. URBINA.

SUETOS EDITORIALES

DOCTOR SILVESTRE PACHECO

Acaba de abrirse una nueva tumba, para recibir los despojos mortales de otro venezolano perteneciente á esa estirpe de patriotas contemporáneos, que un día, sin duda, llamará justicieramente ilustres una próxima posteridad.

Silenciosos, en medio de la cotidiana agitación de los intereses arrebatados y de las pasiones exaltadas; retraídos en el fondo de su austeridad; apartados de la gran corriente tumultuaria, andan muchos de ellos todavía, no ignorados, menos olvidados, si noble y sinceramente respetados en su silencio y en su retraimiento; porque se ve y se siente que así, con su sólo aspecto melancólico, con su impasible aspecto sereno, plenos de rectitud, andan diciendo la alta lección del patriotismo circunspecto y sencillo.

Su vida de ayer fue lucha y deber: su vida de hoy es esa amable tristeza genitora del íntimo dolor de que no haya todavía bastante calma y silencio bastante, para decir á las generaciones, con sus gestos lentos de ancianidad y su voz cansada y trémula, cómo hallaron ellos el camino suave de la probidad, cómo salvaron los conflictos y cómo acopiaron la riqueza apacible é inagotable de merecimientos y reverencias con que son saludados por todos los grandes corazones y por todas las puras conciencias.

Ejercen ellos, acaso sin quererlo, quizá sin saberlo, una suerte amable de influencia consoladora; porque desde la cumbre de sus serenas figuras patricias, nevadas por los años y surcadas por la vida, siéntese como si se desprendiera cierto frescor reconfortante de fe, de convicción, de esperanza en la virtud del esfuerzo honrado y en el milagro de la labor honesta.

Solamente la muerte viene siéndonos envidiosa de esos dispersos grumos de consuelo, en los que duermen los aromas de las virtudes eminentes de los repúblicos taciturnos y silenciosos; y va llevándose, lentamente, implacablemente. Aprovechemos, pues, el trémulo segundo de leve aliento que todavía les permite proyectar entre la muchedumbre sus figuras vacilantes; y señálemoslos al acatamiento, al respeto y al ejemplo de los que, salvos aún de la hora inexorable, quedemos creyendo que es fieramente hermoso el deber honorable, amando, aunque sea extrañamente, la severidad tranquila y pensando que es digna la vida de vivirla dignamente.

Entre esos ejemplos, los dió de la mejor ley el DOCTOR PACHECO. Tuvo la apacible modestia que da una conciencia valerosa en sus fueros: pulquérrimo administrador, pasó por sus manos un raudal de oro sin mancillarlas; no tuvo fausto material su vida; no hubo dorada ostentación en su hogar; pobre vivió y paupérrimo le abatió el dolor sobre su lecho; é íntegro en modestia le recibió la tumba. Alcanzó hasta el ejercicio del Poder Supremo, y fue tan sencillamente honrado en esa cima, que acaso no se destacó su silueta ensoberbecida sobre ninguno de los agitados horizontes de nuestra historia, porque se inclinó abrumado por el estúpido de la altura, que siempre es considerada como eminente é insuperable para los que son realmente eximios.

Tales hombres no actúan dentro de limitaciones de intereses colectivos: es su patria toda la gran patria de los probos, de los buenos, de los ilustres; y caen bajo la amplia bandera de su lucha generosa y grande: en vida borran las líneas divisorias de opiniones y tendencias con la proyección de sus grandes figuras, y cuando mueren, la tierra los acoge con amor, para guardarlos como simiente de ulteriores fructificaciones saludables.

El Gobierno de la Nación ha decretado duelo público por la muerte del DOCTOR PACHECO; la sociedad ha testificado, con igual penoso motivo, el alto aprecio en que tuvo las virtudes del finado.

EL COJO ILUSTRADO toma participación en el dolor que aflige á la familia y á los deudos del buen ciudadano y correcto servidor público.

DOCTOR T CELIS RIOS

Cuando apenas comenzaba á vivir una vida que no le había dado sino ocasión para el estudio y las primeras faenas honorables de su profesión, y cuando grandes bienes de honra y de renombre esperaba la Patria de su talento, de su ilustración y de su carácter, una violenta y terrible enfermedad lo ha arrebatado al aecto de su hogar y de sus amigos y á las ilusiones de sus compatriotas.

Reciban sus afligidos deudos la expresión sincera de nuestra condolencia.

URSULINA

Es el nombre de la angelical criatura que ha arrancado la muerte del hogar del señor Gerónimo Tirado, ahuyentando con sombras de infinito pesar la riente placidez con que lo alegraba el querubín ausente hoy.

Enviamos nuestro pésame al afligido padre.

DUERO

Otra nota dolorosa tenemos que registrar en nuestras columnas: la del sensible fallecimiento del señor JORGE R. URBANEA, acaecido en esta ciudad el día 6 del mes en curso.

Reciban el voto de nuestra sincera condolencia los hermanos y deudos del finado.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Boletín de los Hospitales del 1º de setiembre de 1902, número 9.

El Piramidon considerado bajo el punto de vista clínico y terapéutico.—Tesis para el doctorado en medicina presentada por el señor R. Pérez Ruedas.

Política electoral.—Una carta del Doctor Guachalla.—La Paz, 1902.

El Pontificado Romano y la América Latina.—Ofrenda del Pbro. Doctor Nicolás E. Navarro á Su Santidad León XIII en su Jubileo Pontifical.

Ecos Mundanos.—Poesías del señor Valentín Giró.—Santo Domingo.

El Correo Terapéutico.—Órgano de la casa de G. Valentiner & C^a.—Caracas y La Guaira, número 1º del 1º de setiembre.

Estudio sobre la Prescripción.—Tesis presentada por el señor José Francisco P. Monsant, optante al grado de Doctor en Ciencias Políticas, ante la Ilustre Universidad de Los Andes.—Mérida.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

El amor desarmado

Con una actitud de candidez, realmente enternecedora, Scalbert ha agrupado en redor del dios niño, los gestos serenos y las miradas de las tres vírgenes que, acaso guiadas por un presentimiento instintivo, lo han desarmado previamente y abatido sobre el regazo, para contemplar cómodamente el rostro infantil esquivo. ¿Ignorarán cuán peligrosos son esos juegos con el caprichoso niño?.....

La Horda

La campaña tiembla al paso tempestuoso de ese vendaval humano.

Arrojada por el vencedor, ó empujada por su ardor de pillaje, de conquista ó de venganza, va la horda impetuosa y tumultuaria, llevando sus familias y sus bienes, atronando con su irrupción, abatiendo las mieses y dejando tras sí la devastación y el exterminio.

Vestal dormida

Jamás una actitud de sueño fue presentada con tanta leve suavidad, como en la obra del gran maestro. La virgen consagrada al culto de la pureza y de la paz doméstica, se ha dormido frente al ara en donde debe mantener siempre vivo el fuego simbólico; y reposan su cabeza y su cuerpo en la más armoniosa y serena apacibilidad.

Atlagracia

Cuatro vistas más de esta ciudad de Orituco, aumentan la colección que venimos publicando; una representa el paso llamado de La Quinta; otra, las márgenes del río, y dos de la propia población.

Encantadora de pájaros

El artista autor de este cuadro es un delicado aficionado de las escenas y los paisajes callejeros, los cuales solicita y observa con una delicadeza y una gracia inteligente y fina, para fijarlos en sus telas de genial cronista de los gestos, del color y de la luz de los poblados pájaros de la metrópoli moderna.

El asunto de su reciente obra lo suministra la típica *charmeuse* de los jardines públicos de París.

La vaca herida

En la concentración de los movimientos que sobre el punto principal de su creación ha hecho Mosler, hay la expresión de un sentimiento más hondo aún que el interés material por el cuidado y curación de la vaca herida: hay algo de la afección que han sembrado entre esos tres seres la vida común, el hábito cotidiano y el reconocimiento familiar.

M. Noté

En la misma tarjeta fotográfica en que damos la reproducción del aspecto de este notable artista de la Academia Nacional de Música, cuando aparece en el acto III de *Siegfried*, vése también un pequeño original del actor, por el cual puede juzgarse de la fuerza de sus condiciones y de la naturaleza de sus aptitudes artísticas.

Convalecencia

La actitud que el artista ha dado á la gentil paciente, exhibe el cansancio de la reciente brega reñida entre el morbo enemigo y la tierna naturaleza asaltada en su desarrollo por la acechanza de los gérmenes destructores. Todavía quedan ténues fulgores de asombro, de dolor y de pena en las vagas pupilas de la dulce enferma.....

Vis á vis

Los espectadores infantiles de las ilustraciones de nuestras columnas pueden tomar enseñanza de las actitudes y galano *chic* de los adorables compañeros que tan artísticamente han sido ideados por el autor en el paso de baile que reproducimos.

Puente Carlos III

En la parte norte de la ciudad, entre las esquinas llamadas de Portillo y las Dos Pilitas, sobre la quebrada del *Desbarrancado*, construyeron los españoles este puente, bajo el reinado de Carlos III y el gobierno de don Manuel de Guevara y Vasconcelos, según consta de la lápida que, bajo los trofeos del escudo de Caracas, se halla embutida en uno de los repechos, y cuya parte todavía legible dice así:

*Se acabó la obra
de este puente día X
XXI de Marzo. Rei
nando Nuestro Mo
narca Carlos III Que
Dios Gue. i siendo Gover
nador y Capitan Gral. des
ta provincia i sus anexas el
.....don Manvel
.....bara.....*

La obra conserva, sin embargo, toda su integridad de construcción y toda la solidez característica de las de su época, de la cual existen en casi todo el país notables ejemplares.

Quietud

Weisz ha colocado á una bella hija de la Europa culta bajo el aire, medio y decorado de la vida oriental. Y si ella ha adoptado las actitudes y la languidez soñadora de las mujeres de Oriente, háles mezclado la levadura de la gentileza, de la gracilidad y del espíritu occidental.

Una potencia moderna

Al hacer, un periódico de París, la crítica de esta nueva obra de Legrain, sugirió la idea de que fuese colocada, como un monumento terriblemente simbólico y de siniestra advertencia, en alguno de los sitios más notables y concurridos de la gran capital.

Allí verían las multitudes, al pasar, la victoria devastadora é inclemente de este moderno azote, ante cuya crueldad impávida son indiferentes los estragos de su furor.

Cuadro de Rotta

El artista se vale de las más triviales escenas de la vida para mostrar todo el movimiento sobrio de las líneas, la disposición de sus asuntos y la maestría en los secretos y dificultades de simple *métier*. En este cuadro, la obra del dibujo y del colorido es la que han llamado la atención acerca de su excelencia.



SECCION RECREATIVA

Los colores preferidos por los mosquitos

Se ha observado que los animales tienen por los diversos colores del espectro gustos diferentes: los infusorios mismos son muestras de marcada predilección por ciertos colores, en tanto que por otros demuestran visible antipatía. Libres de colocarse en sitios iluminados por vidrieras de determinados colores, se acumulan en algunas señaladas, abandonando por completo otras. Los mosquitos quedan comprendidos en esta regla, como lo comprueban recientes experimentos hechos á este respecto.

Para ello se prepararon varias cajas torradas en telas de colores diferentes, y en las cuales podían penetrar libremente los mosquitos. Al cabo de poco tiempo se observó que estos insectos tienen notable preferencia por los colores oscuros, sobre todo, por el azul oscuro. Por el contrario, no se halló ni uno solo en la caja forrada de amarillo.

Esto indica que la mejor tela para mosquiteros es la de color amarillo, ya que hay perfecto derecho para utilizar contra el enemigo el conocimiento de sus aficiones estéticas.



RECONVENCION

El estilo y las matemáticas

El estilo y las matemáticas tienen poco de común.

Sin embargo, el profesor inglés Mendenhall ha descubierto la manera de definir matemáticamente el estilo de un autor cualquiera y de resolver si una obra de autenticidad dudosa pertenece ó no al autor á quien comúnmente se atribuye.

El sistema consiste en tomar por base la proporción de las palabras cortas y de las palabras largas usadas por cada autor.

Se toma, por ejemplo, una obra cualquiera de Cervantes, y se cuentan hasta cien mil palabras, clasificándolas en cortas y en largas. Es seguro que á la proporción obtenida se ajustarán todos los demás escritos de Cervantes.

El profesor Mendenhall ha hecho ya la prueba con las obras de Dickens, de Thackeray y de Stuart Mill. Cada una de las obras de estos autores tiene en cada fracción de cien mil palabras casi exactamente la misma proporción de palabras largas y de palabras cortas que cualquiera de los demás escritos del mismo autor. Y es lo notable que la proporción varía muy sensiblemente, según los escritores.

Con el curioso descubrimiento del profesor inglés, van á desaparecer los misterios literarios.

Cómo se jura

Para prestar juramento los judíos, se descubren ante el Pentateuco, y después de haber dicho porqué juran, añaden: «Así me ayude Jehovah». Los mahometanos dicen poco más ó menos lo mismo ante el Corán; los indios juran tocando los pies y las manos de un brahman, ó sacerdote de su religión; los brahmanes, tocando la mano de otro sacerdote, y los chinos, rompiendo un plato que les entregan al tiempo de jurar, dándole un golpe contra la barra del Tribunal; al tiempo de romperlo, dicen: «Digo la verdad, toda la verdad»; y

cuando los pedazos del plato caen al suelo, contesta un guardia: «Si no dices la verdad, tu sér será roto como el plato.»

También juran los del Celeste Imperio quemando unas pajitas llenas de polvos de maderas olorosas, que además sirven para honrar á sus dioses.

Otro sistema de afirmar consiste en levantar la mano derecha sobre la cabeza.

En la antigüedad se castigaba á los ladrones quemándoles la palma de la mano derecha, y cuando alguno se presentaba á jurar y se le veía la cicatriz, su juramento era nulo. En otro tiempo se solía cortarles á estos delincuentes los dedos índice y anular de ambas manos, y tampoco era válida su declaración.

Los hebreos, para afirmar, levantaban la mano derecha, extendiendo el dedo pulgar, el índice y el anular, que formaban la primera letra de la palabra *Schadie*, que significa *Dios*.

Los cristianos consideraban la reunión de estos tres dedos como emblema de la Trinidad.

Venenos famosos

En los tiempos pasados aparecen tres venenos de grandísima, aunque bien triste celebridad: el llamado *Veneno de los Borgias*, el conocido por *Veneno de los Médicis* y el titulado *Agua Toffana*.

Algo hemos estudiado para conocerlos, y aunque no con la fortuna que deseáramos, algunos datos hemos reunido, que gustosos ofrecemos á la consideración de nuestros ilustrados lectores.

I

A fines del siglo XIV empieza á conocerse el famoso *Vino de los Borgias*, un «vino perfumado, de exquisito aroma, dulcísimo, embriagador», pero á la vez terrible y mortífero.

¿Quién lo inventó? Se ignora.

Quizá el inventor pagó con la propia vida el favor que con su descubrimiento pres-

tó á la familia de los Borgia, que le dió su nombre, pues como dijo el poeta,

«El traidor no es necesario
siendo la traición pasada.»

¿De qué se componía?

Según los mejores, consisten de unos polvos blancos muy semejantes al azúcar, pero de efectos decisivos.

Como la suerte tiene en ocasiones raros caprichos y burlas sangrientas, los que tantas veces y con tanta fortuna habían manejado aquel veneno que, según hemos consignado, llevaba su nombre, concluyeron por ser víctimas del mismo.

César Borgia, su hijo, que con tanta habilidad había manejado aquel veneno, así como su hermana, la famosísima Lucrecia Borgia, tuvo aquel día la feliz idea de mezclar agua al vino y esto, unido á su juventud y á su robusta naturaleza, le libró de la muerte, no sin sufrir una grave enfermedad que le duró cerca de un año (1503).

II

El veneno de los Médicis.

¿Quién lo inventó y de dónde procedía? Atribúyenlo algunos historiadores á un perfumista de la reina Catalina de Médicis, llamado Reynier, italiano como ellos, y otros á su médico Mirón.

Catalina de Médicis era hija de Lorenzo de Médicis. Casada el año 1533 con el delphin de Francia, luego Enrique II de Francia, fue tutora y regente á la muerte de su primogénito, de su hijo segundo Carlos IX. Mujer astuta, habilísima, ambiciosa, sin convicciones religiosas, indiferente al bien y al mal, luchó con los católicos y los protestantes, realizando la espantosa jornada conocida en la historia por la *noche de San Bartolomé*.

Supónese que el *Veneno de los Médicis* consistía en unas gotas que, caídas sobre una flor, la marchitaban; en un cuchillo, envenenaban cuanto con él se cortara; en una vela, inficionaba el humo que despedía, y depositadas en una fruta, vino ó manjar, lo tornaban mortífero, sin dejar tras de sí huella alguna.

Era por entonces la corte de Francia una reunión de galanteadores, de voluptuosos, de libertinos, de conspiradores, de intrigantes políticos, de enemigos mortales, y no á cara descubierta, que realizaban en la sombra las más crueles venganzas.

Catalina de Médicis fue el alma de cien y cien intrigas tenebrosas. Representaba, dice el eminente historiador César Cantú, la política pagana de su siglo; y si sus acciones podían ser disculpadas por las inhumanas leyes de la política, jamás lo serán por las más altas de la moral.

La flor, el guante, el pañuelo, el perfume, un objeto cualquiera ofrecido por Catalina de Médicis, llevaban consigo peligro de muerte. De aquí sus numerosas víctimas.

III

El *Agua Toffana*.

Mediaba el siglo XVII.

Toffana, ó la *Toffarina*, una mujer de Palermo, que algunos suponen dama de alta clase, comenzó á expender en Nápoles unas redomitas con la efigie de San Nicolás de Bari, razón por la cual fue llamada indistintamente *Agua di San Nicolás di Bari*, *Agua Toffana* y *Agua di Napoli*.

Esta *agua* sirvió maravillosamente á las mujeres cansadas de sus maridos; y tal escándalo se produjo, que la Toffana fue encerrada en una cárcel por toda la vida. Si bien otros aseguran que para librarse de la justicia, se retiró á un convento, donde vivió con el mayor secreto.

Otra siciliana, Jerónima Spada, poseedora del secreto de su compatriota, lo llevó á Roma, donde una mujer, después de envenenar á su marido, descubrió el secreto al confesor, y la Spada fue presa y ahorcada.

El italiano Exili, que algo entendía de química, y el boticario alemán Glazer, arruinados por sus experimentos en busca de la piedra filosofal, conocieron el secreto analizando el veneno, y lo llevaron á París. Los famosos crimenes de Mme. Voisin, de la marquesa de Brinvilliers, de Sainte Croix y otros, despertaron las sospechas de la justicia, y Exili y Glazer fueron encerrados en la Bastilla.

El *Agua Toffana* parece consistía en un líquido transparente, cristalino, sin sabor ni olor. Cinco ó seis gotas suministradas á un individuo, iban minando lentamente su salud, haciendo desaparecer el apetito, produciendo: primero, una sed abrasadora; luego, el abatimiento, el tedio á la vida, el aniquilamiento y la consunción. Administrábanse las dosis según se quería que los efectos fueran más rápidos. La muerte atribuíase, generalmente, á una dolencia ordinaria. Las víctimas causadas por el *Agua Toffana*, más extendida por las condiciones de sus poseedores que el *Vino de los Borgia* y el *Veneno de los Médicis*, se calculan en más que las producidas por la peste.

Los componentes del *Agua Toffana* dícese que eran el ácido arsénico mezclado con el zumo de una planta sencilla, el *Antirrhinum cymbalaria*. No falta quien asegura que también se encontró con estas sustancias el sublimado corrosivo.

La alquimia, buscando la manera de hacer el oro, había puesto de moda el croupinente ó arsénico sulfurado amarillo, y el rejalgar, arsénico rojo, por su analogía con el precioso metal.

Graves historiadores aseguran que el *Agua Toffana*, fue no tan solo empleada por los particulares, los magnates y los reyes, sino que también por sociedades secretas, al igual del *Veneno de los Médicis* y del *Vino de los Borgia* cuyo secreto lograron descubrir.

De ser esto cierto, las víctimas de estos venenos famosos no se podrían contar, como no pueden contarse ni las estrellas del cielo, las arenas del mar, ni las hojas de los árboles.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

Madame Barba Azul

CONFESIONES DE UNA ESTAFADORA

La estafa por medio del matrimonio es uno de los procedimientos mejores, frecuentemente empleado, para engañar á los incautos.

Entre los profesionales de esta curiosísima manera de sacar dinero al prójimo, figuró en París una hermosa inglesa que cayó en poder de la policía. A todas las denuncias dirigidas contra ella iba unido un recorte de un anuncio que hacía mucho tiempo se insertaba, de vez en cuando, en los grandes periódicos de París y en algunos de provincias.

«Señora que posee capital de 1.200.000 francos, desea casarse con caballero perteneciente á la nobleza ó industria. Escribir M. B., Lista de Correos.»

La espléndida rubia había sido ya condenada, y antes de esto dejó compuestos y sin novia nada menos que á trece pretendientes.

Con desenfado no exento de coquetería, esta singular protagonista contó cómo habían sucedido las cosas. La historia sobrepaja al más divertido sainete.

Los trece pretendientes que precedieron á la primera condena se habían multiplicado como los panes y los peces del milagro famoso. Podíase, sin temor de incurrir en la hipérbole, llamarle la mujer de los cien maridos, *Madame Barba Azul*.

Desde que alguien escribía á las iniciales M. B., era hombre al agua.

Bajo uno de sus múltiples nombres, nuestra bella se decía tan pronto inglesa como americana; tan pronto viuda de un general rumano muerto en la guerra de Servia, como mujer divorciada de un alto personaje extranjero.

Contestaba á su futura víctima dándole cita en un carruaje situado frente á uno de los grandes hoteles parisienses.

Cuando el pobre diablo, un rentista muy avaro y ambicioso, ó un negociante en difícil situación, acudía á la cita, una mano enguantada abría la portezuela del «coupé» y el hombre, lleno de sorpresa, sentábase al lado de una encantadora joven perfumada.

El carruaje rodaba hacia el Bosque de Bولonia.

—¡ Ah, caballero! —decía ella con estudiado abandono,—este paso es incorrecto, lo reconozco. He dudado antes de venir, pero usted sabrá excusar á una extranjera que ignora las costumbres francesas.... Estoy en París con mi abuela, una señora muy anciana, muy triste, que me vigila de continuo. Pero soy viuda desde hace mucho tiempo, siento la necesidad de un afecto y despreciando las conveniencias, cediendo á los impulsos de mi corazón, busco un marido.

El lazo era certero; todos los pájaros caían en la trampa, mostrándose satisfechísimos de no encontrarse con un monstruo.

Habían pensado, indudablemente, que una mujer joven, con un millón doscientos mil francos de dote, debía ser una especie de bestia del Apocalipsis. En su alegría, al encontrar una joven agradable, no se cuidaban de lo demás; pero todos sin excepción —añadía la encantadora rubia— tenían una frase soberbia, ¡siempre la misma! Hubiérase dicho que la habían aprendido en el colegio.

Cuando empezaban á hablar de mi dote, de mis propiedades, situadas en América, que según las circunstancias procedían de mi padre ó de mi difunto esposo, mis pretendientes me interrumpían con una exclamación:

—¡ Ah, señora! Ese es el único obstáculo. Siento que soy todo suyo, pero es usted demasiado rica; ¡ la fortuna nos separa!

Madame Barba Azul añadía:

—Yo tenía que hacer grandes esfuerzos para conservar mi seriedad al escuchar esta invariable fórmula de la hipocresía, pero dominaba mi papel.

Veinticuatro horas después los solicitantes estaban perdidamente enamorados.

Entonces empezaba la labor fina de la endiablada «miss», que mantenía la ilusión de sus víctimas con cartas sugestivas. La siguiente estaba destinada á un fondista que consumió todos sus recursos corriendo tras de la dote de la deslumbradora millonaria:

«Usted también me agrada —le escribía ella;— desde el primer instante sentí que mi pobre corazón, herido hacía tanto tiempo, se cicatrizaba.... Es usted bueno y distinguido. ¡ Dios mío, tiene usted todo lo que debe impresionar á una mujer!.....»

«Salgo para Londres á conseguir que mi abuelita acceda á mi matrimonio con un francés. Es difícil convencerla, pero no desespero. Envíeme usted su retrato para contemplarlo durante el viaje. Creo que he de amarle profundamente.»

El *post-scriptum* era de lo más sugestivo:

«Me encuentro algo apurada, porque hasta el día 10 no cobro mi renta. ¿Podría usted facilitarme 2.000 francos?»

El fondista los prestó y los otros prestaron igualmente, no faltando quien tuvo que empeñar las alhajas de sus antepasados para reunir los 2.000 francos, mínimum de la cantidad que pedía la seductora inglesa. Alguno vendió la última parcela de terreno para obsequiar con un viaje á Inglaterra á su hermosa prometida.

Ella aparentaba tener mucha prisa; preparábase todo para la boda y daba á entender que había llegado el momento de los regalos. El novio procuraba que fuesen valiosos, y cuando no faltaban más que unos días para la boda, la novia tomaba las de Villadiego.

Alguna vez llevó la superchería hasta el extremo de hacer ir á la iglesia al feliz mortal que se creía ya seguro de atrapar la dote.

El día fijado para la ceremonia, mientras el

pobre hombre se apresuraba á calzarse los guantes á la puerta del templo, un mandadero le entregaba la siguiente carta :

« Amigo mío — escribía la inglesa : — mi abuelita no quiere que me case con un francés. Estoy desesperada y parto para Oceanía ; no nos volveremos á ver más. »

A veces, como era una gran psicóloga, para consolar al abandonado añadía :

« ¡ Os amo.....! »

La lista de los futuros burlados por *Madame Barba Azul*, era extensísima.

Había entre ellos un pobre profesor de un liceo de provincias que dejó el cargo para casarse con la millonaria, y después de comerse todas sus economías, acabó por empeñar hasta el gabán. Cuando la « miss » le abandonó en Manchester ó en Liverpool, no le quedaban más que sus palmas académicas.

Pero también la estafadora tenía su corazóncito y se prendó de un buen mozo de los que acudieron al reclamo de sus millones. Era un fabricante en quiebra que contaba con el dinero de su futura para rehacer su fortuna. Se casaron en Londres ante un pastor protestante.

Cuando llegó la hora de las confidencias, dijo el marido :

— Debo confesarte que estoy en las últimas. Afortunadamente, tienes una buena dote, y con ese dinero voy á hacer un negocio soberbio.

— ¡ Mi dote ! — exclamó la encantadora rubia ; — yo no tengo un cuarto, mi pobre amigo. Mi dote no era más que un anzuelo para atrapar un marido.

Se habían engañado de tal modo el uno al otro, que no se dirigieron ningún reproche. El marido se vistió silenciosa y apresuradamente, se puso el sombrero, tomó la puerta y se marchó de Londres en el primer tren. La abandonada esposa no ha vuelto á saber nada del pobre marido defraudado.

Las sesiones en la Audiencia fueron un verdadero *vaudeville* ; el auditorio se moría de risa ; los jueces también. Acaso por esto fueron indulgentes, y aunque las estafas de *Madame Barba Azul* eran tan numerosas como los granos de arena del desierto, no la condenaron más que á seis meses de prisión.

Tal vez sea depresivo para el honor de la humanidad, pero forzoso es confesar que no eran los ojos dulces y profundos de la seductora inglesa los que atraían á sus apasionados, solicitantes : era el millón doscientos mil francos del anuncio.

El misterio de los escorpiones

¿ SE SUICIDAN ?

Uno de los problemas que desde tiempo inmemorial viene intrigando á los naturalistas y á los simples curiosos, es el de si el escorpión ó el alacrán se suicida cuando se encuentra ante la evidencia de una muerte inevitable y cruenta.

La mayoría se inclina á creer que, en efecto, el escorpión, por raro fenómeno entre los animales, recurre al suicidio.

Fabre, el naturalista que más al detalle y con mayor suma de paciencia ha estudiado en nuestro tiempo las costumbres de los insectos, se preocupó también de este problema y lo ha resuelto de una manera satisfactoria, y que por raro acaso concilia las opiniones de los que afirman y de los que niegan el suicidio de los escorpiones.

¿ Cómo puede ser esto ?

Principió Fabre por cerciorarse de que la picadura de escorpión es mortal para sus semejantes. Cogió á dos de ellos de los más fuertes y crecidos que pudo encontrar y los puso frente á frente en una vasija de cristal, cuyo fondo había cubierto de arena. Los dos animales no tenían ganas de reñir, pero urgados una y otra vez por una pajita y puestos una y otra vez en presencia, acabaron por irritarse y se dispusieron para el combate.

Las pinzas ó « bocas », sus armas defensivas, se desplegaron en semicírculo, abriéndose y

avanzando para mantener á distancia al adversario. Las colas, levantadas en alto de un modo amenazador, se echaban hacia adelante por encima del lomo, con sacudidas bruscas y rápidas como el florete de un tirador que hiciera falsas acometidas para distraer al adversario y sorprenderlo en un descuido ; las ampollitas llenas de veneno, chocaban una contra otra, y una gota finísima, límpida y transparente cual si fuese de agua, brillaba en la punta del dardo con que termina la cola del arácnido.

El asalto fue breve. Uno de los escorpiones recibió un pinchazo del arma envenenada del otro ; en pocos minutos el herido expiró.

El vencedor, con tranquilidad notable, se puso á comerse al difunto y así continuó su banquete durante cuatro ó cinco días.

No cabía duda : el veneno del escorpión es mortal para él mismo.

Veamos ahora la prueba que ha hecho Fabre en cuanto al suicidio.

Hizo el experimento clásico de formar un círculo estrecho de brasas encendidas, en el centro del cual puso á un escorpión de crecido tamaño. Con un fuelle avivó el fuego. A la primera sensación de calor excesivo, el animal retrocedió dentro del círculo de fuego, y andando hacia atrás fue á dar en la abrasada barrera. Nuevo y rápido retroceso, para ir á dar otra vez en el fuego por el lado opuesto. A cada tentativa de fuga, nueva quemadura.

El escorpión parece perder el juicio ; si avanza, se achicharra ; si retrocede, se tuesta.

Desesperado, furioso, enarbola su arma, es decir, su cola, la agita, la extiende, la baja, la levanta y hace con ella una serie de movimientos tan precipitados y tan desordenados, que es imposible seguirlos bien con la vista.

Había llegado el momento de que el animal escapase al tormento de la hoguera dándose un pinchazo con su dardo emponzoñado. En efecto, el escorpión cae de repente en un espasmo ; el atormentado se queda inmóvil, echado boca abajo y estiradas las patas. No se observa en él movimiento alguno ; la inercia es completa.

¿ Ha muerto el escorpión ? Cualquiera diría que sí.

Pero los hombres de ciencia suelen ser desconfiados, y Fabre, poco amigo de poner fe absoluta en las apariencias y conocedor de los espasmos y de los fingimientos de algunos insectos, cogió con unas pinzas al aparentemente difunto escorpión, lo puso con mucho cuidado sobre un montón de arena fresca y se sentó al lado á observar los acontecimientos.

Una hora después, el supuesto cadáver resucita tan fuerte y tan ágil como antes de la prueba.

El naturalista repite el experimento con varios individuos de la misma familia y siempre consigue el mismo resultado : igual desesperación del animal al verse encerrado en el círculo de fuego, iguales huidas, iguales sacudimientos y luégo la misma inercia, como si le hubiera herido repentinamente la muerte, y por último, la resurrección al cabo de un espacio de tiempo, más ó menos largo, de estar sobre arena fresca.

Indudablemente los inventores de la fábula, según la cual el escorpión se suicida, fueron engañados por el brusco desfallecimiento y el repentino espasmo en que la desesperación y la alta temperatura ponen al insecto. Demasiado impacientes y dando desde luégo á éste por muerto, se marcharon dejando que el animal se tostara por completo.

Exploración de la atmósfera

El doctor R. Süring ha publicado una interesante relación de sus expediciones aeronáuticas, hechas en colaboración con el Instituto Real de Meteorología de Berlín y con el apoyo del Emperador de Alemania.

El doctor Süring y sus colegas han llegado en sus ascensiones á mayor altura que ninguno de sus predecesores. En la expedi-

ción efectuada en 31 de julio último alcanzaron los 11.000 metros. Cuando los aeronautas se hallaban á una altura de 10.000 metros, aún estaban en disposición de hacer observaciones precisas de las condiciones meteorológicas de la atmósfera que les rodeaba, circunstancia que no se ha logrado por otros aeronautas en pasando de elevaciones de 9.000 metros.

La causa principal de los éxitos del doctor Süring ha sido indudablemente el gran volumen de los globos empleados. Manifiesta en su relación el mencionado doctor que un globo de 43.000 pies cúbicos de capacidad, que es el volumen de los globos más comunmente empleados, llevando en la barquilla una sola persona, puede elevarse á la altura de 6.500 metros si va lleno de gas del alumbrado y á la de 8.400 empleando hidrógeno puro.

En cambio el globo utilizado en Berlín tenía un volumen de 300.000 pies cúbicos, con un peso total de 2.000 libras. De esta manera disponían de un gran poder ascensional que ha permitido al doctor Süring y á los compañeros elevarse á las considerables alturas ya citadas, y en donde la rarefacción del aire es ya muy notable. Ete enrarecimiento del aire supone una gran deficiencia de oxígeno que producía efectos marcados en los aeronautas. Así pudieron apreciar la utilidad de llevar consigo repuesto de oxígeno puro y comprimido en depósitos apropiados. Utilizando este oxígeno comprimido pudieron evitar los expedicionarios alemanes el mareo que siempre se experimenta en las altas regiones de la atmósfera á que ellos llegaron.

En una de sus ascensiones, á la hora de haber partido alcanzaron una altura de 5.000 metros, superior á las de las cimas más elevadas del Mont-Blanc. Después siguieron elevándose á razón de 1.000 metros por hora hasta llegar á los 11.000 metros. Claro es que las inhalaciones de oxígeno permitieron á los aeronautas resistir sin grandes trastornos físicos la acción de la atmósfera enrarecida ; pero si el globo no hubiera tenido la enorme capacidad citada no hubieran podido de ningún modo llegar á tan altas regiones.

El doctor Süring manifiesta que es asombroso cómo Mr. Glaisher pudo llegar el año pasado á los 9.000 metros sin provisión de oxígeno y sin perder el dominio de sí mismo.

En las ascensiones que el doctor alemán describe se han recogido datos científicos muy interesantes respecto á la composición del aire en las altas regiones de la atmósfera, así como á las leyes del descenso, de presión y de temperatura, grado de humedad, intensidad y velocidad de propagación del sonido, constitución de las nubes, etc., etc.

La "apendicitis" en tiempo de los Faraones

Piensen muchos médicos que si la *apendicitis* no es una enfermedad nueva, es por lo menos infinitamente más frecuente que hace diez años.

El famoso cirujano Lanvelongue ha hecho, respecto á la antigüedad de la *apendicitis*, investigaciones que le permiten asegurar que esta enfermedad existía ya en el Egipto de los Faraones de la primera dinastía, hace cinco mil años. *Nihil novum sub sole*.

En cuanto á la frecuencia del mal, el mencionado cirujano no admite que se haya demostrado. Del año 85 á 89, en el hospital Trouseau se observaron 470 casos de peritonitis (todavía no se hablaba de *apendicitis*) ; y del 95 á 99, por el contrario, en una época en que el mal ya era bien conocido de los médicos, no se registraron en el mismo hospital sino 443 casos.

Comparadas ambas cifras, puede asegurarse que la *apendicitis* no es hoy más frecuente que antes y que constituía la mayor parte de las peritonitis agudas de origen desconocido, peritonitis á *frigore*, como decían entonces los médicos.

EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1903

Está á la venta



Los canales y las plantas de la luna

La luna tiene canales como Marte y vegetación parecida á la de ciertas regiones de la tierra. Tal es la afirmación que sienta el célebre astrónomo Pickering en un notable artículo publicado en el último número del *Century Magazine*.

Hace un año una comisión de astrónomos, de la que formaba parte el profesor Pickering, fué á Jamaica con objeto de producir un atlas fotográfico de la luna. Pickering prestó especial atención al cráter lunar llamado Eratostenes, que desde hace mucho tiempo quería estudiar minuciosamente, porque en él se observan puntos bastante grandes de aspecto variable. Hizo en diversos días dibujos del cráter, y en los cuales se ven efectivamente muy marcados canales que tienen notable semejanza con los de Marte. Las fotografías hechas en aquella misma época dan las mismas líneas, aunque con mucha mayor vaguedad que los dibujos, porque las mejores fotografías de la luna no ponen de manifiesto nunca más que lo que puede verse fácilmente en condiciones favorables con un telescopio de 12 centímetros y medio.

Hay en el planeta Marte una señal oscura en forma de cometa como las que sirven para juguete, que es conocida con el nombre de *Syrtris mayor*. En Marte hay también una especie de península muy oscura, á la derecha del centro, conocida con el nombre de *Solis lacus*, y sobre ella y medio rodeándolo, una región semicircular oscura, de la cual irradian canales en varias direcciones.

Aun cuando los canales de la luna son mucho más pequeños que los de Marte, y quizás más anchos en proporción á su largo, la proximidad á la tierra en que se encuentra el satélite hace que sus canales puedan ser vistos y estudiados mejor que los marcianos.

Aparte de esa diferencia de dimensiones, hay otro punto en que dejan de ser semejantes las formaciones de la luna y de Marte.

En Marte los llamados mares son verdes en primavera, grises en verano y amarillos en otoño. En la luna el gris y el blanco amarillento son los únicos matices visibles; las señales y las manchas no hacen más que ponerse más oscuras ó más claras ó desaparecer.

Esta diferencia podrá atribuírse á la relativa escasez de aire y de vapor de agua que hay en la atmósfera lunar.

Hace años Pickering lanzó la idea de que los canales y mares de Marte son en realidad producidos por vegetación y no por la presencia de grandes masas de agua en aquel planeta. Posteriormente esa hipótesis ha sido adoptada por bastantes astrónomos, y hoy día quedan pocos creyentes en la rancia teoría de que Marte es un planeta pantanoso habitado por una raza que dedica la mayor parte de su existencia á cavar canales y á volverlos á cegar.

Si se aplica á la luna esa misma hipótesis de la vegetación, hay que principiar por tener en cuenta que la atmósfera lunar es más rara que la de Marte, y además el agua no puede existir en nuestro satélite más que en estado sólido ó gaseoso. ¿Cómo puede existir vegetación sin agua en estado líquido? En nuestra propia tierra encontramos analogías parciales con semejantes rarezas. Determinadas formas de la vegetación que crecen en el desierto, viven durante varios años sin agua alguna; lo que parece dudoso es

que continuaran creciendo si se le suprimiera en absoluto y para siempre el agua. Por otra parte, en el continente antártico hay una especie de liquen que subsiste en regiones donde la temperatura es rara vez superior á o. Las plantas del desierto y el liquen del antártico representan bastante bien lo que puede ser el mundo vegetal en la luna, donde tal vez el vapor de agua ó la escarcha depositados sobre las plantas baste para las necesidades de éstas.

Examinándolas desde otro punto de vista, las plantas de la luna tienen dos ventajas sobre las de la tierra. En primer lugar, como la fuerza de gravedad es mayor en nuestro satélite, las mismas hojas ó ramas necesitarían sólo una sexta parte de esfuerzo para alzarse y mantenerse enhiestas. En segundo término, como no hay grandes vientos en la luna, si las plantas pueden ganar algo con alzarse mucho, pueden hacerlo con perfecta seguridad en vez de tener que pegarse á las rocas, como lo hacen la flora ártica y antártica.

El descubrimiento de las observaciones del profesor Pickering tiene verdadera trascendencia, porque permitirá estudiar á fondo los canales de la luna, y por ese estudio deducir con perfecta certidumbre lo que son los canales de Marte.

Tal vez uno de los resultados más inmediatos de sus observaciones será el de destruir la teoría de la existencia de canales de Agua en Marte, y con ella la leyenda de que aquel planeta está poblado de seres inteligentes.

Como se completa un cráneo

Un cirujano inglés refiere en uno de los grandes periódicos científicos de Inglaterra un tratamiento que acaba de emplear. Trátase de un sujeto que hace diez y ocho años sufrió una caída sobre una piedra colocada de punta, que le rompió el cráneo y le hundió en su interior fragmentos de hueso. A pesar de la trepanación, el sujeto se resentía del accidente. Sufrió convulsiones y ofrecía frecuentes períodos de debilidad cerebral: la vida, en tales condiciones, le era intolerable.

Llamado el cirujano, éste juzgó que el mal provenía de la ausencia de una parte del cráneo: bajo la piel se sentía, en efecto, una depresión considerable, que correspondía á la parte ósea dañada por la fractura; había adherencia entre la piel y la envoltura del cerebro. Se hizo una incisión en la piel del cráneo, á nivel del sitio de la fractura, se separó la dura madre de la piel y, para evitar que se restableciera la adherencia, así como para completar la envoltura rígida del cerebro, esto es, el cráneo, se hizo uso de algunas láminas delgadas de oro, que se introdujeron por el orificio y se colocaron de manera que lo tapasen. De esta manera, una placa de oro delgado completaba la forma del cráneo. Los resultados fueron excelentes: desaparecieron las convulsiones y la debilidad mental y el paciente declaró que nunca, desde diez y ocho años atrás, se había sentido mejor. Su estado intelectual es perfecto y sorprende á los que le conocieron antes de la operación: dicen que el sujeto está transformado.

ACRIDUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL. Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 EL MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASMA. Soberano en Gota, Reumatismo, Angitis de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

INFLUENZA ★ **RACHITIS**
ANEMIA ★ **CLOROSIS**
 + **VINO** +
AROUD
CARNE-QUINA-IERRO
 El más poderoso Regenerador.

EXIJAN Vds.
 la más PILDORA BLANCA las pildoras:
 DEHAUT A PARIS impresas en serigrafía.
 Las **PILDORAS**
 Purgativas y Depurativas
 del Doctor
DEHAUT
 se toman
 al comer.
 Ningún Regimen. No más Dieta.
 Las menos COSTOSAS
 por el precio que son
 las más activas.

Elvira Urdaneta de Pulgar

Copista y Profesora de Música

Se ofrece para dar lecciones á domicilio: de piano y teoría musical. Precios convencionales.

Dirección: Pelota al Abanico No 24

Las líneas transversales de las uñas

Todo el mundo conoce las líneas transversales que á manera de surcos aparecen sobre las uñas, después de alguna enfermedad grave prolongada. Son regularmente transitorias y desaparecen cuando vuelve el estado de perfecta salud.

Hay, sin embargo, una categoría de individuos en los cuales se las halla en un modo permanente: son los grandes degenerados, criminales ó enagenados.

Un médico inglés ha hecho investigaciones relativas á este «estigma» en gran número de individuos sanos ó enfermos; y lo ha encontrado en una proporción de 5 p 8 en los individuos normales y de 1 por 2 en los criminales, alcohólicos, maniáticos, epilépticos, paráliticos y dementes.

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 36 variantes, y están á la venta al precio de:

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, mas B. 0,25 para el franqueo.

Las especies animales en vías de extinción

Hace relativamente poco tiempo, todavía podía cazarse el jabalí en la Gran Bretaña; pero hace cincuenta años ha sido preciso renunciar á este género de sport, porque el jabalí ha desaparecido totalmente.

Antes de éste, el oso y el lobo habían sido borrados de la lista de especies animales existentes. Persiste el ciervo: pero su existencia se debe en gran parte á la cría que se hace de él, para aumentar y sostener su caza, á la que son muy aficionados los ingleses. Ya tampoco el castor figura en la fauna inglesa; todavía hace parte de la francesa, pero muy poco: no está representado sino por algunos infelices ejemplares que viven en las riberas del Bajo-Ródano, en donde, por otra parte, está puesta á precio su cabeza.

Entre los pájaros europeos, ya se cuentan algunos que van en vías de desaparición, entre ellos, el llamado avefría. Sus alas son muy solicitadas para adorno, así como los huevos y la carne para la alimentación. Los primeros se solicitan también para la industria: el blanco endurecido y barnizado sirve para fabricar dijes y para confeccionar pipas y cigarreras: reemplaza la «espuma de mar». De Argelia se va el avestruz, perseguido por las plumas. Siquiera en Egipto y en el Cabo crían y lo explotan.

El elefante desaparece rápidamente, gracias á la codicia de los vendedores de marfil: cuatro mil elefantes por año matan hoy estos aventureros. En treinta años, ya no quedará un solo paquidermo.

También se va el camello: en Rusia se le emplea á menudo para trabajos de agricultura: en los cuales es irremplazable.

Un boticario honrado jamás tratará de dar al paciente gato por liebre, pero como el saber no ocupa lugar, no estará demás que el paciente sepa que la legítima «Emulsión de Scott» lleva por marca «un hombre con un bacalao á cuestas.»

Señores Scott y Bowne.

Nueva York.

Muy señores míos: Es innegable la acción benéfica del aceite de hígado de bacalao en el organismo humano, y como la «Emulsión de Scott» preparada por ustedes es una preparación que tiene por base el aceite puro de hígado de bacalao en la forma más tolerable para el estómago, la uso siempre en mi práctica, obteniendo los mejores resultados.

De ustedes muy atento S. S.

LUIS A. IBARRA.

Caracas, Venezuela.

La lluvia, las tempestades y la luna

¿Existe alguna relación entre la lluvia, las tempestades y las fases de la luna? Así lo han creído hasta ahora algunos meteorologistas, pero esta opinión no estaba apoyada en observaciones precisas.

Macdonald, del observatorio de Greenwich, ha compulsado los registros de este establecimiento y hallado que en realidad el máximum de los días de tormenta coincide con la luna nueva y el mínimum se verifica entre el plenilunio y el cuarto menguante.

También el máximum de los días lluviosos corresponde á la luna llena.

En tanto que el porcentaje de los días de lluvia correspondientes á las fases luna llena y cuarto menguante es de 46,2, el que corresponde á las fases luna nueva y cuarto creciente es de 53,8.

Para los días de tormenta, los porcentajes del mismo signo son 48,2 y 51,8.

Resultados semejantes se han obtenido en otras cuatro estaciones meteorológicas: Krewsmünster, Aix-la-Chapelle, Batavia y Madrid.

La caída de agua más alta

Actualmente lo es la que se utiliza del lago Tanay, en Suiza, que no tiene menos de 950 metros, ó sea 50 p^g más que la de Chaparellan, cerca de Grenoble, y la de Gurtenellen en el San Gotardo, que deja atrás á los saltos de agua norte-americanos, cuya altura no pasa de 500 metros.

Esta caída es interesante, tanto por su altura como por su potencia. En efecto, las aguas acumuladas en lagos dan siempre una utilización integral diez veces mayor que la de las aguas corrientes.

La cuenca del lago Tanay recibe una cantidad de agua suficiente para suministrar 30.000.000 de caballos por año. El lago está situado á 1.380 metros de altura, á tres kilómetros del Ródano, antes de su entrada en el lago Lemán, y no lejos de la aldea de Voudry, en donde se halla establecida una oficina de fuerza motriz. En esta oficina se produce una corriente de 5.000 volts, distribuida en la red de fuerzas de la Grande-Eau, que posee otra oficina en el valle del Ródano y que distribuye la fuerza y la luz, de Clarens á Ollow y de los Ormonts á la frontera francesa.

Telegrafía múltiple

El telégrafo octuplex Rowland, que figuró en la Exposición de 1900, fue en seguida aplicado, á título de ensayo, por el Gobierno alemán entre Berlín y Hamburgo y ahora va á instalarse definitivamente entre Berlín y Francfort. Su inventor, muerto hace dos años, fue discípulo del célebre fisiólogo Helmholtz. El sistema permite transmitir simultáneamente ocho telegramas por un solo hilo, cuatro en una dirección y cuatro en sentido inverso. Los resultados obtenidos hasta ahora han sido más que satisfactorios.

Recuérdase, á este propósito, que un físico francés, Mercadier, imaginó últimamente un sistema de telegrafía que permite la transmisión simultánea de veinte y cuatro telegramas.

La piña como digestivo

A las personas de estómago naturalmente pobre, ó por accidente, en jugos digestivos, les recomiendan los médicos diversas drogas, entre ellas extractos de jugos digestivos de algunos animales, sobre todo, de puerco. Desde el momento en que un estómago enfermo no produce suficiente pepsina, se le administra la que elabora el de algunos animales, en especial, la que más se asemeje á la pepsina humana.

Pero ciertas plantas son susceptibles de suministrarla, ó por lo menos una sustancia que tiene la mayor parte de las propiedades de la pepsina, por ejemplo, la piña.

Este fruto contiene un principio que es capaz de digerir en algunas horas mil veces su peso de materias azoadas, como carne, queso ó huevos. Este principio abunda sobre todo en el fruto crudo. Puesta en contacto con el blanco del hue-

Sin Rival en el Mundo.

El medicamento que más fama ha alcanzado en el mundo es la Emulsión de Scott. No hay país civilizado donde no se pronuncie su nombre con respeto, y esa reputación bien adquirida no es hija de la casualidad, sino consecuencia legítima de los buenos resultados que ha producido la medicina en las enfermedades del pecho y de la garganta, en los escrofulosos y debilitados. La asociación del Aceite de Hígado de Bacalao con los hipofosfitos de sosa y cal, como se encuentran en la

Emulsión de Scott

es una combinación feliz que proporciona los materiales para reparar los tejidos y la sangre. La infancia es la edad que más beneficios reporta de la Emulsión de Scott. Por su buen sabor es tolerada por el paladar más delicado. Así como los árboles necesitan para crecer y desarrollarse buena tierra, abono y riego; así también los niños requieren el uso de la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, que representa para ellos fuerza, salud y alegría.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

De venta en las Droguerías y Farmacias.

2 A

vo ó con un pedazo de bifeke, una rebanada de piña, ataca rápidamente el huevo ó la carne y los convierte en una sustancia gelatinosa lista para ser asimilada por el tubo digestivo. También es un excelente digestivo la piña en conserva, siempre que no se haya tratado por el fuego. La bromelina, que es la pepsina suministrada por la piña, ofrece la ventaja de conservar su actividad tanto en los medios ácidos como en los alcalinos.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sars PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARÍS.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LEPTÉJAS, T E ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARRI SA AR.UGAS PIECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Léve y conserva el cutis limpio y sano.
B. St. Denis, 48
CANDÈS, G.

EXAMINENSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES
Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del D^r GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Puntuosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilia y las Fiemas.
Depósito General, D^r Paul GAGE Hijo, F^{co} de 1^a el., 8, r. de Grenelle-S^t-Germain, París y en todas las farmacias
DEL D^r GUILLIE

POBREZA
DE LA
SANGRE
VINO DE BELLINI
con QUINA y COLUMBO.
Este VINO fortificante, febrífugo, antinervioso, cura las Afecciones escrofulosas, Fiebras, Neuroses, Pálides y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente á los Niños, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los exesos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARÍS

EL APIOL de los **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARÍS

Contra las **ENFERMEDADES NERVIOSAS**
VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.
no hay mejor Remedio que las **CÁPSULAS DEL D^r CLIN** al Bromuro de Alcanfor
CLIN & COMAR — PARIS y en las Farmacias. 636

GOTA
LICOR
DEL D^r.
LAVILLE
CLIN Y COMAR — PARIS EN TODAS LAS FARMACIAS
REUMATISMOS

BAÑOS HIDROTERAPICOS

Baños de todos los sistemas: ducha, regadera, círculo, asiento dorsal
SITUADOS DETRAS DE SANTA INES
Agua fría á 4 atmósferas de presión

A este importante Establecimiento, fundado por el Doctor Dubreuil según todas las prescripciones científicas, se le han hecho convenientes modificaciones en el sentido de proporcionar mayores comodidades, tanto á los bañistas que allí concurren por prescripciones médicas, como á los que van sólo por placer.
El baño es indispensable para la buena salud.
Y los baños de placer son siempre beneficiosos.
Precios baratos. Se aceptan abonos desde 10 hasta 100 baños, con descuentos de consideración.
Hay 2 departamentos separados: uno para caballeros; y otro para familias, servido por una señora.
Propietario, E. A. RENDILES.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
Exigase el verdadero nombre Rehusese los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange butelière, Paris

SOLUCION PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 94, Rue Lesné, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Ratos Perdidos
Por F. de Sales Pérez
NUEVA EDICION
CON NUEVOS ARTICULOS
está á la venta

Un ayuno de dos años y medio
Se han observado á menudo, en las serpientes, casos de ayuno de una duración más ó menos extraordinaria. Sobre todo, en las serpientes cautivas, al lado de ejemplares que aceptan todo cuanto se les ofrece, hay algunos que rehúsan obstinadamente todo género de alimentación, y la muerte no sobreviene sino después de un tiempo considerable.
En el jardín de Plantas de París se halló una culebra que permaneció quince meses sin comer y un crótalo que rehuyó los alimentos durante veinte y seis meses de cautividad. El profesor Vaillaut menciona un pitón que no tocó presa sino al cabo de veinte y nueve meses. Pellegrin ha referido las observaciones que hizo en dos pelófilos de Madagascar, muertos de inanición, el uno al cabo de tres años y el otro á los cuarenta y nueve meses, esto es, después de más de cuatro años de ayuno.
Generalmente se admite que el animal muere después de haber perdido 50 p^o de su peso primitivo.
El caso de que se trata, referido por Pellegrin, no es tan notable por la duración del ayuno como por la disminución de peso, que fue en dos tercios.
Aquella serpiente era un soberbio pitón reticulado de 6m45 de longitud. Había rehusado obstinadamente toda clase de presa, desde carneros del Dahomey hasta pollos y conejos escogidos.
Inmediatamente comenzó á perder volumen. A principios de este año ya no le quedaban sino el hueso y la piel.
De agresivo que era, se hizo apático é inofensivo y se dejaba manosear sin dificultad.
Por fin, el 20 de abril, cubierto de cáscaras, gangrenada la piel, exhalando un olor nauseabundo, murió, después de dos años, cinco meses y tres días de un ayuno absoluto.
El peso del ofidio, que primitivamente era de 75 kilogramos, se redujo, para la fecha de su muerte, á veinte y siete.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazar.



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
 Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
 Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
 Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullie & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA Phosphadine Fullie

es un alimento completo
 DE FACIL DIGESTION
 para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

- Alimentación natural de los niños
- Nutrición de los convalecientes
- En el raquitismo y en la anemia
- Embarazos y dentición
- En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
 Pote grande Bs. 2,50
 Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
 De venta en los principales establecimientos de la República

Los ojos múltiples

Los animales dotados de ojos múltiples, ¿ven de cada objeto tantas imágenes como caras tiene su órgano visual?

La langosta, por ejemplo, tiene á cada lado de la cabeza más de cien ojos distintos. Cuando, recorriendo el fondo del mar, el pescador la ofrece para cogerla su manjar favorito, ¿ve cien cebos en vez de uno? Y cuando la persigue uno de esos peces de gran tamaño, provistos de cuatro y hasta cinco filas de dientes, que con la mayor facilidad hacen trizas su coraza, la pobre langosta ¿ve en vez de uno cien enemigos? Si así sucede, su vida no será de las más tranquilas.

Igual pregunta puede hacerse con respecto á millares de insectos.

La mosca común, con sus cuatro mil ojos, ¿ve cuatro mil arañas donde no hay más que una? La mariposa, con sus diez y siete mil ojos, ¿ve diez y siete mil flores en vez de una? El caballito del diablo, con sus treinta y seis mil ojos, ¿ve treinta y seis mil compañeros surcar los aires sobre la superficie de los estanques?

Los zoólogos han discutido muchas veces este problema, y hasta hace poco no han logrado ponerse de acuerdo. Aun así, los abo-

gados de la visión múltiple no han depuesto del todo sus armas todavía.

El sentido común está de parte de los creyentes en la visión sencilla. Además, después de una gran discusión habida en las columnas del semanario inglés *Leisure Hour*, parece resuelto que el número de caras de la córnea no afecta en nada al número de imá-

genes que recibe la retina, y que éste es un nervio sutil y delicado que no recibe más que una imagen completa de las imágenes parciales que la comunican las distintas faces de la córnea.

Casi continuamente están navegando por los mares del mundo 1.200.000 personas.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjase el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.). sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.